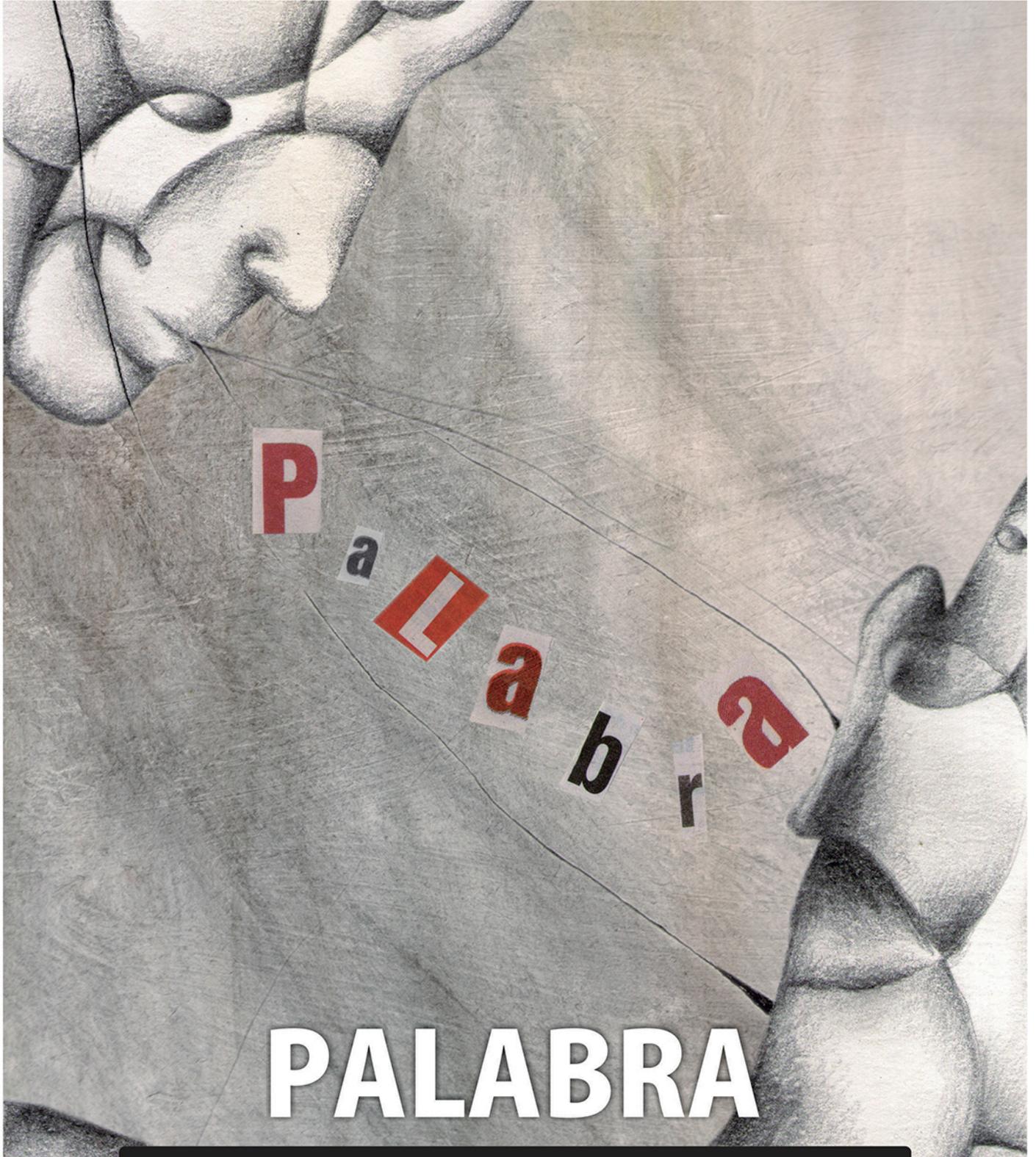
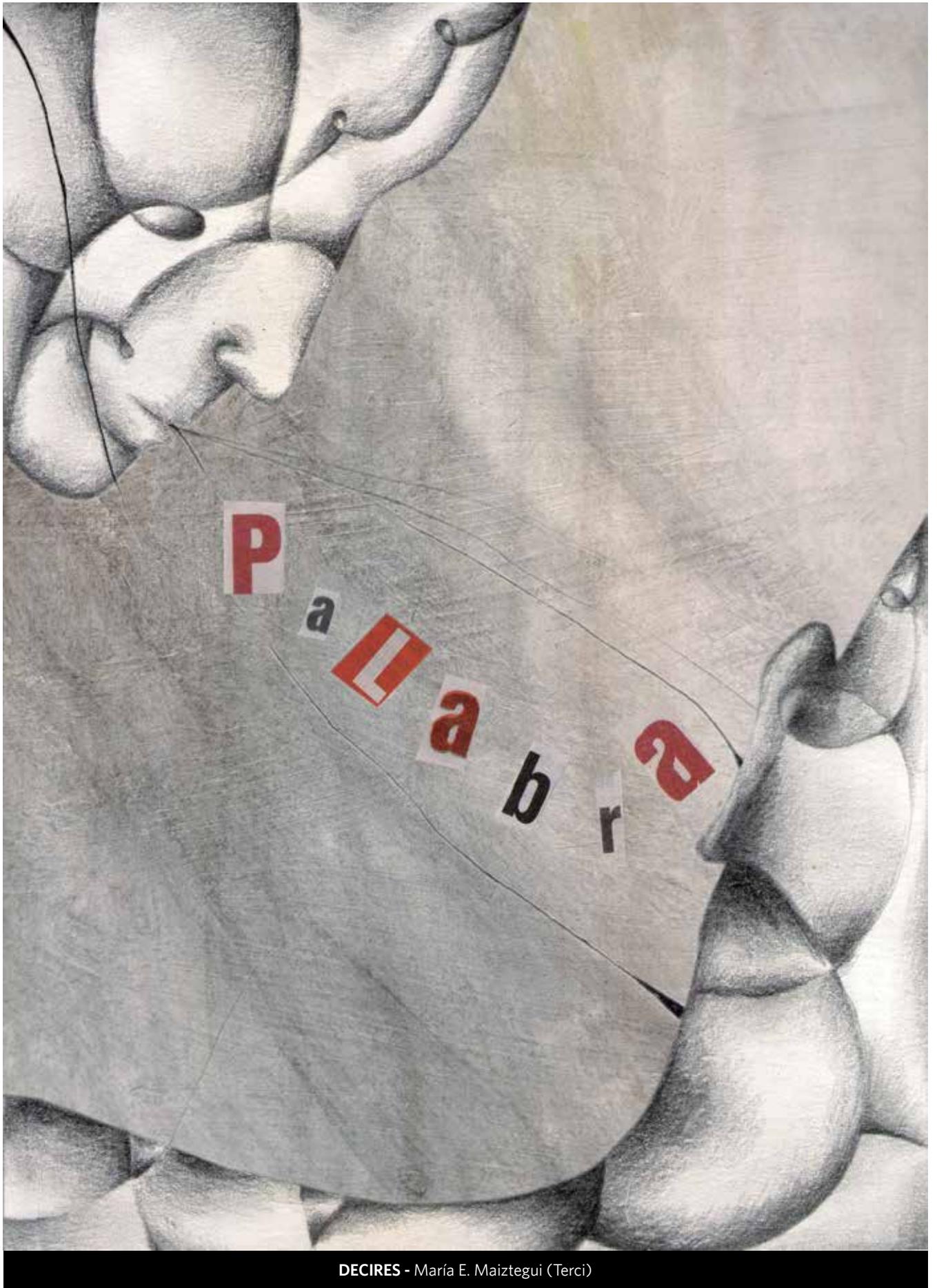


Crepúsculo





DECIRES - María E. Maiztegui (Terci)

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Martín Sancia

Colaboradores

Paula Carrella

Guadalupe Ramírez Oliberos

Editor

Matías Di Loreto

Diseño Gráfico

DT PRINT S.A.

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

Tel.: 011-4372-2154

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Bvar. Alcorta 183

Paso del Rey

Buenos Aires

JULIO 2017

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 5138548

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por **Revista Crepúsculo**

www.fundaciontrespinos.org

info@fundaciontrespinos.org



Sumario

05

Por Martín Sancia

EDITORIAL

06

Por Miguel A. Montoya Jamed

POEMA DE PALABRAS PRONUNCIADAS

08

Por Adriana Tuffo

EL LECTOR

12

Por Cecilia Pagani / María del Carmen Rourich / Cecilia Pagani

CALCO / LAS PALABRAS/ JUSTICIA

13

Por Juan Miguel González Mejías

LA CLAVE

14

Por Iván Carrasco Montesinos / Juan Pablo Goñi Capurro

TOMO / DEJO / DEVOLVÍ / RECETA

15

Por Laura Torres

EL ESCRIBIENTE

17

Por Analía Rora

EXTRAVIADO / GÉNESIS

18

Por Silvio Litvin

EL NILO EN CUATRO LETRAS

20

Por Carlos A. Altgelt

BETTY, LA EDITORA

23

Por Luis A. Esmail / Yenis Oviedo / Ana Romano

**Bien de palabra / Mis palabras ya no te abrazan
Barahúnda / Vocales**

24

Por Julia Meso Ramirez / René Abate

PALABRAS DEL CORAZÓN / LAS PALABRAS

25

Por Gabriela Giurlani

CORRUPCIÓN (DE LAS PALABRAS)

27

Por Leticia Garriga

ESCRITOR DE SIGNOS

28

Por Albin Lainez

BUSCANDO PALABRAS

29

Por Fabián Ostropolsky

OTRA VEZ

30

Por Hernán Paredes

LA REBELIÓN DE LAS PALABRAS

33

Por Norma Mrell / Susana Angélica Orden

¿DÓNDE VAN? / VERBA

34

Por Susana Angélica Orden / Norma Haydée Pérez / Emilia Vidal

ESA VOZ / LA PALABRA / SOL, UNA PALABRA

35

Por Laura Torres

EQUÍVOCOS

37

Por Atilio Escuder

NIHIL

38

Por María Marta Ochoa

ROMA

39

Por Pablo Olindo Díaz

ESAS DOS PALABRAS QUE NUNCA DIJE

42

Por Arturo Gutiérrez Luna

KAPA

47

Por Eduardo Roberto Kerschen

EL PODER DE LA PALABRA

50

Por Mariana Delponte

EL SEÑOR PRECISO

52

Por Bárbara M. Berruezo

SIN PALABRAS

54

Por Miguel Angel Montoya Jamed

LA PALABRA

Hace muchos años presencié, en una biblioteca barrial, una charla cuyo tema era: ¿Qué es “la palabra” para un escritor? La mesa de invitados estaba integrada por escritores que representaban puntos de vistas distintos. Obviaré los nombres, porque no vienen al caso. Varios de ellos ya están muertos y varios han dejado de escribir y publicar hace más de una década. Había un Escritor Posmoderno, otro Paranoico, otro Antisocial, otro Hedonista, otro Burgués, otro Religioso, otro Con Dos Materias Aprobadas de Antropología, otro Poeta, otro Periodista, otro Con Una Materia Cursada de Sociología, otro Folclórico y otro Que Se Pretendía Lacaniano Pero Nunca Leyó A Lacan.

Trataré de reconstruir, a continuación, parte de lo que allí se dijo:

Escritor Posmoderno: Según Borges, las palabras son símbolos que postulan una memoria compartida. Nunca entendí bien qué quiso decir Borges con su frase, pero de todos modos ésa es mi definición preferida de “la palabra”.

Escritor Paranoico: Yo prefiero la definición de Burroughs. La palabra es enfermedad. Es virus. Él dice: “Liberar al virus contenido en la palabra podría ser más peligroso que liberar la energía del átomo. Porque todo el odio todo el dolor todo el miedo toda la lujuria están contenidos en la palabra”.

Escritor Antisocial: Yo creo que el hombre inventó la palabra para poder callar. Para que el silencio tuviera sentido. Sin palabras, el silencio sería, solo, una mera decoración.

Escritor Hedonista: Para mí, en cambio, la palabra es cuerpo. Es carne. No pertenece al mundo de las ideas sino al mundo concreto. Las palabras pueden tocarse. Pueden morderse. Desprenden olor. Sudan.

Escritor Burgués: La palabra es fundamental para que una sociedad se desarrolle. No se me ocurre una sociedad sin palabras. Seguiríamos, aún, viviendo en cavernas si no fuera porque entendimos que debíamos comunicarnos, y que el modo más complejo y productivo de comunicación es el verbo. La palabra es progreso, es bienestar. Es confort.

Escritor Religioso: La palabra, más que confort, como dice aquí el amigo, es el hombre mismo. Dios nos hizo con palabras y de palabras. La palabra es el aliento divino hecho carne, ni más ni menos.

Escritor Con Dos Materias Aprobadas de Antropología: La palabra es, o mejor dicho, debe ser, acción. La palabra tiene un rol aún más importante que la mano en la evolución de nuestra especie. La palabra, podría decir yo, es “la mano de la sociedad”.

Poeta: La palabra es abismo y está hecha de ojos y de sombras. Es un abismo de ojos y de sombras.

Escritor Periodista: La palabra es ficción; es, siempre, punto de vista, opinión. Una palabra es una fragmentación del mundo. Y toda fragmentación, eso lo sabe cualquiera, es una forma de operar sobre la realidad, es decir: de transformarla.

Escritor con Una Materia Cursada de Sociología: La palabra es política. Y punto. Igual que el amor.

Escritor Folclórico: La palabra es cultura. Es tierra, raíces. Es patrimonio, herencia.

Escritor Que Se Pretendía Lacaniano Pero Nunca Leyó a Lacán: La palabra es ausencia. En sí, desde mi punto de vista, la palabra no existe.

El debate, como puede verse, fue amplio. Hubo aplausos, silencios profundos, silencios incómodos y hasta silbidos.

Podría decirse muchos más acerca de la palabra, claro. Pero quise reproducir aquella vieja charla como un acercamiento al tema que hoy nos convoca.

Bienvenidos a esta nueva edición de la Revista Crespúsculo.

POEMA DE PALABRAS PRONUNCIADAS

Crepúsculo

por Miguel A. Montoya Jamed



Un par de zapatos | Vincent Van Gogh

Cómo puede no ser, de Palabras pronunciadas cuidadosamente en voz alta y escrito con negritas para leerlo de lejos al menos a lo largo de la cuadra. Un Poema que vea a los niños que piden limosna por la calle La inocencia va a patas o con un solo zapato dado, encontrado levantado del baldío a patas, que no hace frío en los cuencos de las manos que piden, no cabe la libertad. Los ve el poema

y en palabras pronunciadas, se lleva sus rostros y sus manos que caben en cuatro frases cerradas como un puño en la garganta ¿Cómo puede no ser, de mucha bronca? Si el poema hablará de ellos y denunciará esas calles porque dejaron de ser calles Cómo serlo si los que las cruzamos, en la humanidad llevamos una falta no son calles de Hombres espacios sin cordón, afiches ilegibles Sin sombras

los niños que piden limosna no llevan su sombra
un dibujo absurdo, una burla, un cuento de García
Márquez
un grafiti estúpido
Para debilitarla mi poema tiene una bronca
pronunciada
Necesariamente
de a ratos es un poema de noche, sin insomnio
porque entre ellos y a ellos mismos
se parecen los niños cuando duermen. Los niños
que piden limosna por la calle cuando duermen
se parecen a los otros niños

Entonces: que se haga de noche
y mientras tanto
con mi poema yo repudio a los dueños de las
calles
de las calles
del otro zapato y del baldío
gallos ciegos
un puñado de plumas chamuscadas y un maniquí
por las que ellos van no hay niños pidiendo
limosna
"Ellos"
de los que no importa el nombre porque no los
nombra, son lo mismo
Yo voy a amanecer en todas las esquinas
mi poema se multiplicará
y lo voy a extender de cuadra en cuadra
Mi poema de palabras pronunciadas y escrito con
negritas

Y también los repudio
cuando los niños se despiertan
Necesariamente
mientras haya un niño pidiendo por las calles, lo
que escribo es un poema de condena
Mi gato duerme en el sillón mientras escribo, yo
acaricio sus patas y su cara
es Diciembre, no hace frío
Condeno a los dueños de las calles
van y vienen con sus Deseos muertos
pero no importa
para los niños que piden limosna por la calle

Con esa muerte van y vienen, hacen un
expediente, "la tienen en carpeta"
se parecen cuando están despiertos
porque usan palabras lastimadas
se metieron una compulsión en el bolsillo y "la
tienen en carpeta"

En cada esquina los condeno por su esclavitud
de lunes a viernes son "de lunes a viernes"

y los domingos se comulgan
prolijos
se pasean por las calles tomados de la mano
de sus dos amos
y desconocen a sus amos
entonces: son esclavos sin amo
y necesitan ser amos
entonces: generalizan sus esclavos

En cada lectura de mi poema
los condeno
por los Hombres sin cuerpo y sin rostro
hechos de limosna
sin la Palabra pronunciada
Necesariamente
mi poema los condena
Necesariamente
por los niños que carecen de niñez
por los Hombres negados
Y los condeno por ellos mismos

A los que tienen el otro zapato, las calles y el
baldío
con la Palabra pronunciada
mi poema los condena
Dialéctica del Amo y el Esclavo
son esclavos
que caminan por las mismas calles
Y en las mismas calles, hay
Niños con las manos en pequeños cuencos
boca arriba
una concavidad desapercibida
débil
de carne a la intemperie

A mi poema no lo "tienen en carpeta"

Será de noche, porque
los niños que piden limosna, cuando duermen,
se parecen a los otros niños

Y cuando amanezca
de esquina a esquina, en cada cuadra
los niños con las manos en pequeños cuencos
boca arriba
de una concavidad desapercibida
débil
de carne a la intemperie
irán subidos a mi poema de Palabras
pronunciadas
en voz alta
y escrito con negritas.

EL LECTOR

Crepúsculo

por Adriana Tuffo

Llegué a la mesa del patio de comidas y lo vi, sólo deseaba sentarme para ver qué hacían los demás y además llenar el estómago con alguna comida aceptable para el colesterol. Caminar sin objetivos por un shopping es para mí como caminar en un desierto o en un laberinto, no sé cómo salirme; aunque todo se vea atractivo para malgastar el salario, la comida es lo que más me satisface, por los pocos billetes que me quedan y porque no llevo tarjetas de crédito, los plásticos no son lo mío, aún cuando suene anticuado; aquí soy como un niño amante de los libros frente a la vidriera de la juguetería, no me gusta nada. Es tan grande la oferta de bienes necesarios, como de los inútiles y bellos, tanto que alguien como yo está a punto de correr pidiendo socorro. Mascullo entre dientes mierda de la sociedad de consumo y me siento en la mesa.

Qué otra cosa puedo hacer, como si fuera sencillo encontrar lugar para sentarse, comer bien después del siglo transcurrido entre el pedido y el plato de comida, satisfacer el hambre y salir indemne del asalto a mano armada. En fin, como tenía que esperar a mi mujer y a mi hija, preferí almorzar solo.

Junto a mi mesa estaba él, el lector. Un señor mayor, muy delgado, con gesto nervioso y atildado. Por qué tan ofuscado, me pregunté, tan acostumbrado estoy a ver en los demás como en un mapa las emociones; el hombre daba vueltas las hojas de un libro con energía exagerada. Leía una página, la de la derecha, con gesto determinado tomaba la hoja de papel rústico de color crema, la asía por el extremo superior derecho y la arrancaba. Acto seguido, la rompía en pedazos, serían seis u ocho fragmentos. No podía creer que alguien hiciera eso con un libro. Pienso que, lejos de valorar el texto, de ser crítico o de olvidarlo en un estante de la biblioteca, hacía lo que nadie en su sano juicio, rompía una tras otra las hojas después de leerlas. Como el que come nueces, pero al revés. El autor metafóricamente muere en la lectura, y no hace falta romper

el libro, muere cuando el lector realiza una reescritura a partir del acto mismo de leer. El texto, digo, es un tejido de citas, uno como lector las reconoce o no, según las lecturas previas; entonces leer es como pescar en un mar de múltiples voces y cruces culturales. Eso, leer es como pescar, me digo ufano por la metáfora ingeniosa.

Por lo que entiendo este lector es un psicópata, se desquita con brutalidad del objeto libro. Él es el no lector. El lector sin texto.

Quien lee una página y la rompe, es como hacer el amor y luego, matar al consorte. Arranca, rasga por la mitad y la multiplica hasta hacerla nada, los significados son cadáveres sobre la mesa. La muerte del significante, determino con sentimiento de pesar verdadero. Leer es resignificar el texto, este tipo lo destruía literalmente.

Leer y no saber qué pasará en las siguientes líneas, con la secuencia interrumpida. De nuevo pienso en el coito.

Por qué leería alguien sólo las páginas pares. Los segmentos, pedazos aislados no son el texto; la idea de unidad y de coherencia es aniquilada por el tipo de la mesa de al lado, antes de fraccionar el papel ya lo había destruido con su lectura inválida. Pienso todas estas cosas, mientras trago como en un acto reflejo la ensalada desahogada. El flaco, personaje lector, busca crear otra historia, discurso. No quiere leer la que escribió el autor, sino otra; el lenguaje es el que habla.

Por qué acabar con el libro, sigo mis cavilaciones, destruye el texto o lo construye en su extraña lectura.

Tal vez haga ambas cosas. La obra nunca es la misma después de la lectura. Éste es un experimento literario, concluyo orgullosamente.

Entonces, busco cambiar la dirección del razonamiento como parte de mis ejercicios mentales. Pienso que el libro incompleto tiene un mensaje cifrado para alguien que está oculto en



El Lector | Pierre-Auguste Renoir

una callecita del barrio, que llegará hasta nosotros sin ser visto, el sujeto tomará el misterioso objeto cuando el otro lo deje sobre la mesa.

Mi vecino sólo saca algunas páginas y deja las que encierran, para el que sepa leer, el enigma.

Entonces debería esperar sentado aquí mismo para ver quién se acerca a la mesa y lo recoge. Podría ser parte de un plan terrorista, exagero la deducción por vicio profesional.

Lo desestimo. Es muy obvio. El lector parece un extranjero, tal vez sea un inglés o irlandés que visita la ciudad.

Entre bocado y bocado de bife de chorizo, sigo observándolo y puedo percibir su adrenalina, goza en el acto de destruir la obra de otro, alguien a quien nunca le verá el rostro, a quien no tendrá que darle explicaciones por su ofensa. El autor. Qué mensajes habrá querido dar al mundo, qué objetos produjo su ingenio para conservar la memoria y, a la vez, dejar su sello personal. Mientras engullo la comida pienso en cosas así, sobre los artefactos culturales y los valores de la herencia colectiva que representan. El autor.

Quién sabe los fracasos que debió padecer para llegar a ser publicado, cuántos amigos lectores lo halagaron o a cuántos defraudó por la desidia o la torpeza de su pluma. Destruir libros, pienso, es cosa de fanáticos, de quienes no aceptan las discrepancias ideológicas, políticas o religiosas; los intolerantes que demuestran desprecio por el conocimiento, la historia, la cultura, destruyen libros, como si así aniquilaran a los enemigos.

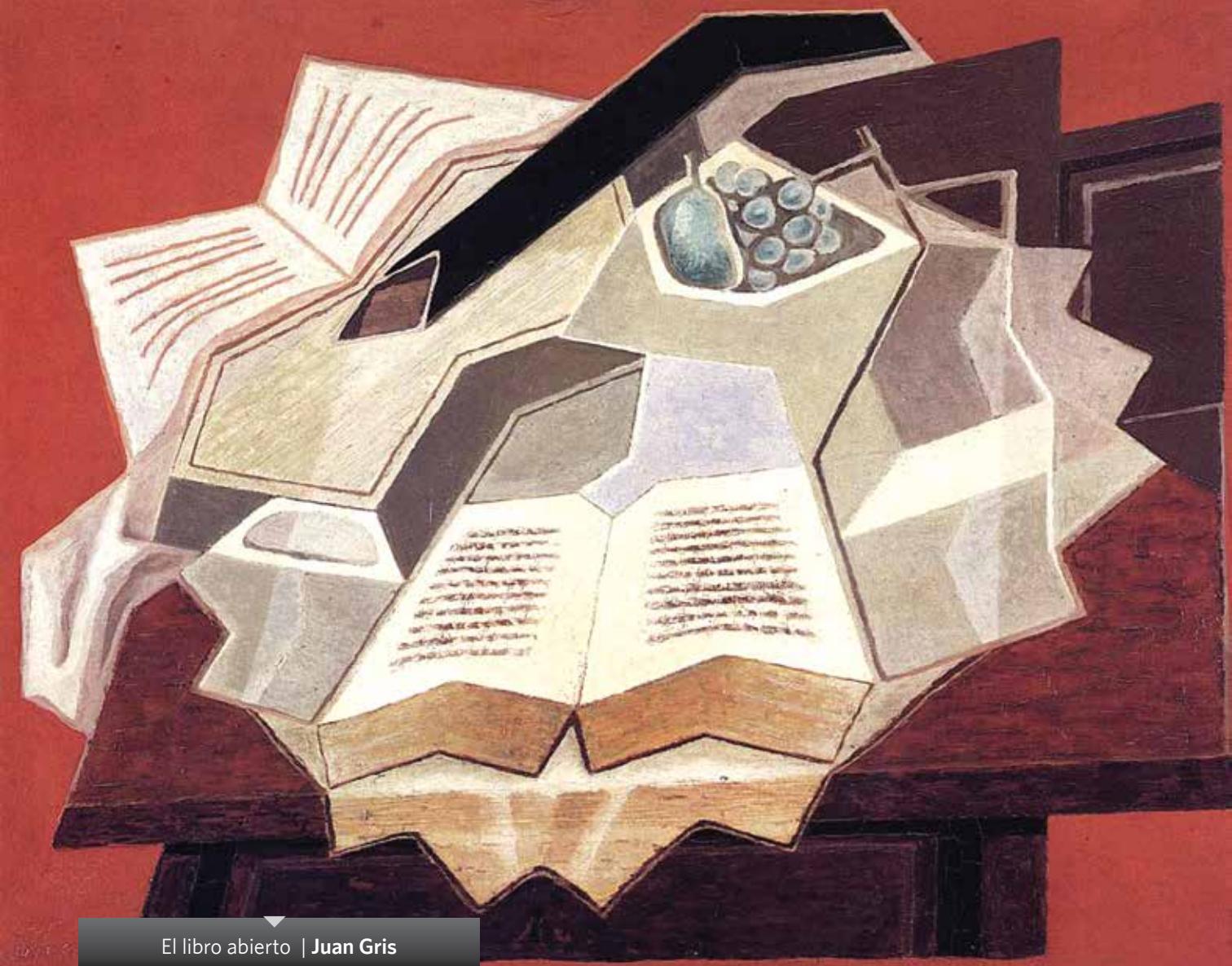
Romper libros, arriesgo en el límite, es como arrojarlos al fuego. La quema de libros ha devorado el diálogo y la tolerancia entre las personas tantas veces en la historia desde la creación de la imprenta. Me quedo pensando en esos monstruos un momento, segundos. Concluyo, es pura ignorancia o peor, me acomodo intranquilo en la silla por la presencia de un lunático, es un fanático intolerante. En eso estaban mis ideas cuando llegaron Adela y nuestra hija de quince años. Ambas felices, cargadas de bolsas; las tardes de shopping rejuvenecen a mi mujer y mi hija adolescente sigue el camino de su madre.

Digo mierda con esta sociedad de consumo.

-Qué hacías, me dice mi mujer. Nada, comí un bife de chorizo con ensalada, le cuento sin perder de vista al vecino que continúa su metódica destrucción. Mi mujer habla del encuentro casual con una amiga, Carmencita Acuña o Aguirre, que regresó del Caribe con un color espectacular, y de los zapatos que compró en Nueva York o Londres, o no sé dónde porque no la quiero escuchar ocupado como estoy en quitar los elementos inútiles de mi mente y reservar sólo aquellos que me pueden ayudar a deducir el misterio del lector.

Delgado, de nariz aguileña, mirada penetrante, a primera vista me llamaron la atención la gorra escocesa con visera y la pipa apagada en su mano derecha; cuando dejaba la pipa, deslizaba la mano sobre el libro y con decisión de guillotina cercenaba la página leída. Era un homicidio en primer grado. Me inquietaba el asesino tan próximo, cometía el crimen a la vista de todos y seguía allí sentado, mutilando a la víctima sin que nadie lo advirtiera excepto yo, sin que lo detuvieran.

Adela me decía que teníamos que hablar ahora que la nena se había ido con sus amigas. Me decía que ella ya no podía vivir así, que yo sabía bien que ser detective privado no nos permitía vivir decorosamente; que si en lugar de dejar las clases de historia y de literatura en el colegio inglés hubiera hecho méritos para que me renovaran el contrato, no seríamos ricos porque con la docencia nadie se hace rico, pero al menos tendríamos otras relaciones; que era un muerto de hambre, si no fuera por ella que tuvo la mala suerte de perder a sus padres y heredar los campos de Santa Fe, y que la renta de la chacra de Máximo Paz y la cría de vacas le permitirán a ella tener otra clase de vida, la que se merece. Yo no prestaba mucha atención, ese discurso lo conocía de memoria, lo venía recitando desde el día en que volvimos de la escribanía y se transformó en una mujer rica con aires de hacendada. Para mí lo único que tenía ella era la pretensión de aparentar, por eso había dejado de usar el apellido de casada y adoptó los de su madre, de rancia aristocracia.



El libro abierto | Juan Gris

Yo soy un ratón de archivos, busco información para otros, paso las horas entre papeles, observo encubierto la vida de los demás, trato de ser invisible. Es cierto que por esos días tenía pocos casos, pero eran importantes. Si lograba resolver alguno, entraría buen dinero. Había que ser paciente.

Como colaborador de uno o dos empresarios que espiaban a sus socios o a sus esposas jóvenes, apenas tenía para vivir. Claro que lo que más dinero deja son las esposas celosas y los maridos que, por no ceder nada en el divorcio, buscan amantes y otras traiciones conyugales. Yo prefiero los casos policiales, pero hoy no son muchos los que me contratan para asesorarlos. En el pasado colaboré en hechos resonantes, en secuestros extorsivos, en crímenes, en desapariciones de personas.

Hay que entender, a veces se sube la cuesta y otras se baja.

Mi mujer se levantó indignada porque yo no le prestaba atención y no lograba sacarme de quicio con sus reproches, me tiró las llaves de casa, dijo algo así como que me vaya al carajo, que a ese departamento oscuro y maloliente de pocos metros cuadrados no volvería, que para qué se casó conmigo, que habían tenido razón sus padres y que la nena estaba de acuerdo en mudarse con ella. Y se alejó. Me dejó así, después de dieciséis años.

El hombre de la mesa de al lado también se levantó, tomó el libro, o lo que quedaba de él, y la pipa y se fue.

Esperé que caminara unos diez metros, cuando dio vuelta en el recodo de la galería, me acerqué a la mesa para ver qué había estado destruyendo, y recogí algunos pedazos de papel. Para mi sorpresa, eran relatos de Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle.

CALCO

Por Cecilia Pagani

Los cortó. Los lavó con cuidado.
Los sostuvo entre sus manos.
Dos pelones.
Lisos de piel. Jugosos. Redondos.
Perfectos.
Los colocó dentro de un frasco.
Y al frasco, sobre un estante
dentro del placar.
Contempló su obra. Con satisfacción.
Y rió. Y soltó una carcajada al recordar.
Al recordar esas sus palabras.
Las palabras de él la noche anterior:
¿Sabés lo que es tener que cogerte,
sin ganas?

JUSTICIA

Por Cecilia Pagani

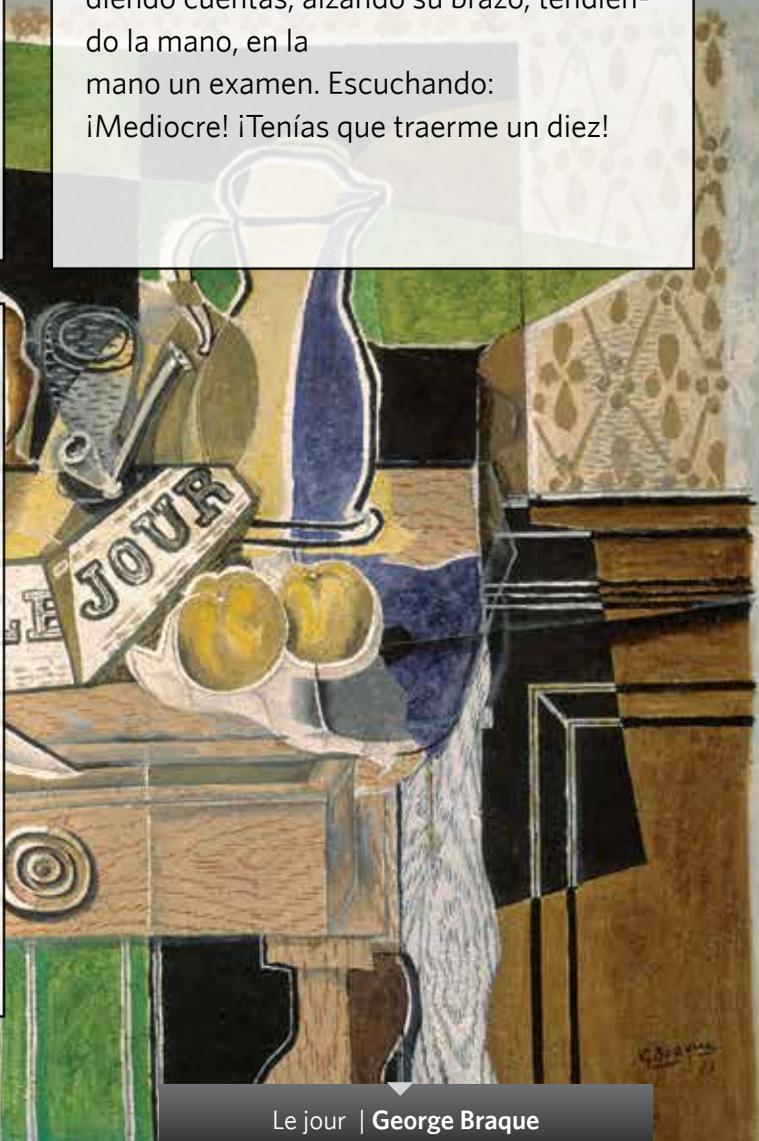
La profesora entrega los exámenes.
Melisa, dice sonriente, Felicitaciones.
Melisa lo recibe. Lo observa, se desploma
en su banco. Estalla en un llanto.
Sus compañeros murmuran, qué le pasa,
qué tiene.
Melisa llora. Llora un llanto lastimado.
A la profesora se le cae la sonrisa, se le
despinta la cara.
Se ve.
Es ella misma, al regreso de la escuela, rin-
diendo cuentas, alzando su brazo, tendien-
do la mano, en la
mano un examen. Escuchando:
¡Mediocre! ¡Tenías que traerme un diez!

LAS PALABRAS

Por María del Carmen Rourich

"Cada palabra tiene un alma".
Rubén Darío

En la profundidad de mi silencio
buceo por azules territorios.
Busco una frase y siento
una fragilidad
de mariposa.
Perfiles temblorosas, raídas tramas...
Y en un delirio
-de borrasca luminosa surgen,
sin escollos, las palabras.



Le jour | George Braque

LA CLAVE

Crepúsculo

Por Juan Miguel González Mejías



Enigma de una tarde de otoño | Giorgio de Chirico

Una vez encontré un hombre que me dijo una palabra que no podré olvidar jamás. Era sólo una palabra, un simple sonido que llegaba a mi oído y que mi cerebro procesaba como otros, pero esa vez no lo sentía como si escuchara música, donde se podía discernir si era agradable o no, o donde las emociones son ligeras y los significados aparecen felices con ellas, sino que por decirlo de alguna manera, aquel sonido me produjo una honda y duradera conmoción, algo muy por encima de simplemente emocionarse. La palabra que dijo aquel hombre me sumió en un auténtico cataclismo emocional, un terremoto, un movimiento de fallas interno en el ser, algo que removió de sus cimientos toda la estructura que yo era.

Un simple sonido, como digo, que no era como otros sino que resultó ser una especie de clave de bóveda sonora que actuaba de forma inversa: en lugar

de sostener el edificio lo derrumbaba. Así me quedé yo, que tuve que sentarme sin equilibrio ante aquella revelación incomprensible. El hombre sonreía, pero yo lo veía desde muy lejos, apurado por recomponerme. Ya el sonido había pasado, la palabra había sido dicha, pero todavía mi cerebro seguía oyéndola sin cesar, como en un círculo vicioso, mandando a todas partes corrientes de nervios bloqueantes. Aquella palabra literalmente me paralizó y nunca supe por qué. A día de hoy, cuando ya he rodado mucho por la vida después de aquello, sólo sé lo que pasó desde adentro, pero nada de cómo ese sonido externo logró romper mi coraza y la destrozó, penetrando en todos los espacios de mi ser y anulando sus significados. Ciertamente después de aquello nunca he podido negar que la palabra tiene poder.

TOMO

Acodados en la barra del bar llevábamos largo discutiendo civilizadamente los pros y los contras de la vida, cuando en esto un tipo que se acomodó al lado y que nos escuchaba con descaro, nos interrumpió y dijo: -Tomo la palabra- y luego no la soltó, ni cuando nos marchamos dejándole con la palabra en la boca.

DEJO

Y de pronto el orador interrumpió el discurso, me miró malévolamente, supongo ya cansado de mis interrupciones, y me dijo: -Te dejo la palabra- y se marchó. Me quedé sin saber qué hacer con la palabra entre mis dedos.

DEVOLVÍ

-Te doy la palabra, te la cedo, iten!- me espetó la ñora cuando ya llevábamos unas cuantas horas intercambiándonos puyas. La agarré, le di varias vueltas, y se la devolví. Se quedó lela.

Prohibida la literatura | Rene Magritte

RECETA

Un hombre tiraba de su pequeña barca, sacándola del mar. Sus brazos rígidos por el esfuerzo, el torso sudado, la cara tensa. Se detuvo cuando toda la quilla estuvo sobre la arena. Subió la embarcación, se agachó, perdiéndose de la vista del hombre que terminaba su pipa. Volvió a aparecer, sosteniendo en su mano un pescado grande, plateado. El hombre de la pipa se alejó del sol y del mar; en su camino se topó con un anciano, de paso trémulo y rostro de pergamino. Apuró entonces el paso hacia la Bodeguita del Medio, era la hora de su daiquiri. Quedó satisfecho, acababa de reunir los ingredientes para un relato que sería tan famoso como el trago.



Un pescador Jovial | Frederick Morgan

EL ESCRIBIENTE

Crepúsculo

Por Laura Torres

Se sentía mal, muy mal con ese trabajo que desempeñaba en el Ministerio de Educación.

Mirado desde afuera, por cualquiera que no supiera su verdadera tarea, parecía un empleado administrativo como tantos: sentado frente a un escritorio, tecleando sin cesar frente al monitor de la computadora y de vez en cuando ir por un café o levantarse para charlar con sus compañeros.

No atendía al público, en realidad todos leían sus documentos, pero no conocían su rostro.

No era amigo personal del Ministro pero sabía que éste lo tenía en gran estima y confiaba en sus cualidades profesionales. Lo que sí le preocupaba era la fama que estaba cobrando entre la gente especialmente entre los directores de escuela, profesores y maestros.

Rodríguez el de la oficina contigua a la suya le había dicho el otro día:

—Che... ¿sabés como te andan diciendo por ahí?

Inquisidor o algunos dicen Anonymus... en el gremio docente ya es vox populi que vos hacés el trabajo sucio para las autoridades... ¿qué me contás? ¿Todos hablan de vos no? ...y todo eso sin salir de estas cuatro paredes.

Abatido, apoyó los codos sobre uno de los libros con el que estaba trabajando y sostuvo su cabeza con ambas manos en un claro gesto reflexivo.

Sentía que se había traicionado a sí mismo, él un librepensador, un escritor con años en su oficio se había vendido por conseguir una mejor posición económica, creía que era un cobarde, un prostituto.

Acarició algunos de los libros esparcidos sobre la mesa y fue repasando sus autores: los hnos. Grimm, Perrault, Andersen a ellos también

los había traicionado. Les pidió perdón en silencio a esos grandes maestros por haber estado todos estos años haciendo burdas adaptaciones de sus cuentos.

Recordó su primera entrevista con el Ministro ... la idea es que como uno los objetivos para la educación en este trienio es abatir todo estereotipo o discriminación que pueda expresarse en cualquier producción artística, usted pueda encargarse de revisar toda la literatura infantil y hacer nuevas versiones de los cuentos en donde aparezcan expresiones políticamente correctas.

Al otro día sus compañeros del ministerio lo vieron trasladar gruesas pilas de libros a su oficina y leer en forma ininterrumpida por varias horas. Las páginas se iban llenando de aclaraciones al margen, subrayadas y al igual que un cirujano, el escribiente iba eliminando o corrigiendo aquellas expresiones infectadas que pudieran dañar a todo el sistema. Luego, ya frente a la pantalla, abría un nuevo documento con la versión saneada, edulcorada y tibia de los cuentos clásicos infantiles ya preparados para ser leídos o contados a los aún inocentes oídos de los niños.

Para ellos soy un héroe pensó, imaginando al Ministro y consejeros. No tienen idea del gran esfuerzo que me llevó todo esto, prácticamente tuve que reescribir todas las obras clásicas de la literatura universal infantil.

Ahora que lo pienso... se me paga muy poco por esta tarea. Tuve que leer por horas y horas, Blancanieves, Cenicienta, Pulgarcito, Hansel y Gretel y mil títulos más...y extirpar como si tuviera un bisturí...no saben la cantidad de ideas peligrosas que encontré...xenofobia, machismo, canibalismo, incesto, racismo, violencia de género, bullying y un montón más de horribles alusiones.



Charles Townley y amigos en su biblioteca | **Joan Zoffany**

Deberían agradecerme públicamente, sí, en verdad eso es lo que merezco, salir en televisión y que las autoridades me presenten... destaquen mi fiel servicio a la comunidad y reconozcan que gracias a mis nuevas versiones de los clásicos los jóvenes podrán convertirse en ciudadanos correctos y amables.

Pero... ¿qué estoy pensando? Eso nunca va a suceder, voy a pasar a la historia como un simple funcionario estatal que plagió cuentos tradicionales que hicieron felices a nuestros padres y abuelos pero que nuestras actuales generaciones nunca conocerán sus versiones originales por ser inadecuados para el nuevo ideal de ciudadano.

Lento muy lento es que ya no tengo palabras
Soy el lobo de la luna rota
Conozco su sangre y sus lamentos
Alguna vez se reflejó en mis manos
Y pude ver sus venas abiertas
-no hay niños en ella
Soy la estrella muerta de la esperanza de los per-
didos
Huyen de mis ojos amaneceres incendiados
-de pájaros vencidos
Construyo puentes sobre espinas
Para llegar a los ojos del niño que sonrío
-con los pies descalzos
Atravieso paredes de ojos temerosos
-porque es la muerte
Y así puedo ver
Más intenso ahora más intenso
Hombres que sufren los silencios de la luna
Lobos que velan la noche de los muertos
Palabras que dicen lo inexpresable con lágrimas de
sal y tierra
Cíclopes que cantan el sabor de los abismos
Piedras que claman la dureza de la brisa
Ninfas que sangran sobre el filo de las madre selvas
Voces que aman sobre rios de nostalgia
Cuidado son sólo palabras
Soy el extraviado ojo de la vergüenza
Y sé
La voz infinita del mar y el sol me lo advierten
Cada día
Que cuando una boca triste dice al alba
Remurmurando en la sombra
Lento lento despacio
"la noche trae un ojo abierto"
Alguien parte de este mundo
Alguien parte.
Y el final siempre duele
Como nacer.
Intenso intenso más intenso
Porque duele como nacer
intenso
porque duele como nacer
como nacer.

"Será el tiempo en que tome camino,
en que desate su rostro
y hable y vomite lo que tragó
y suelte su sobrecarga".

A veces el silencio es palabra.
Un latido olvidado como un lenguaje preludio del
vacío.
Qué sonido ciego en las varas infinitas de la eter-
nidad, pulso constante que llenó las migajas del
espacio impulsó
lo que no tenía nombre?
Centellas.
Huecos profundos de intermitencias,
-el sonido del mar adentro de un caracol guardando
el cosmos en un comienzo no existido-
Y todas las estrellas explotadas en una agonía nace-
dora, anónima por siglos
amenísticos
Vastedad.
Suceso de la vida regurgitada por volcanes suspendi-
dos en estelas galácticas.
Vastedad.
El sonido del mar en un
puño
Las voces de los hombres aún no arrojados a vivir en
un eco infinito, un coro
eterno.
La muerte y la vida de millones de estrellas en un
margen azul
en un agujero de espejos negros hecho de
abismos
en invocación perpetua de otros
abismos.
Y un punto condensado en su propia energía rió el
caos bailador que escondía.
Y un pequeño corazón comenzó a latir como una
estrella recién nacida .
El día primero en la vida de los hombres.
Un lenguaje olvidado: eso que late y está adentro del
silencio

EL NILO EN CUATRO LETRAS

Crepúsculo

por Silvio Litvin

Si (como afirma el griego en el *Crátilo*) el nombre es arquetipo de la cosa, en las letras de rosa está la rosa y todo el Nilo en la palabra Nilo.

Del poema *El Golem* Jorge Luis Borges

Ella es Candela. Candela él es mi amigo Marcos. Agarrale la mano a Candela Marcos y ponela en tu cara. Así te conoce.

— Hola Marcos, que gruesas son tus cejas.

— ¡Y dale con las cejas! Sí, son grandes y peludas y pinchudas. ¡Y te vas a la mierda!

— No te hagás drama, Cande. Pasa que todos lo joden porque tiene las cejas peludas y juntas. Le dicen.

Una ceja, y para colmo se llama Marcos Cejas.

— El nombre a veces te hace doler, ¿no?

— No sé... A mí, todos me dicen Jugo. Una vez un chico que ya se mudó me dijo Hugo de urazno y me dio mucha risa.

— Sí, eso da risa. Pero Candela... es triste.

— A mí me gusta, Candela.

— A mí no. ¿Sabés lo que quiere decir?

— Ni idea

— Quiere decir vela. Candela es como decir luz.

— ¿Y qué tiene?

— Que la gente habla de la luz, que hay poca luz, que hay mucha luz y para mí, eso...

— Si no hay luz, no ves nada y si hay mucha luz ves todo.

— ¡Claro, qué fácil! ¿Y si no ves? ¿Y si nunca ves?

— Bueno, bueno, no te enojas. No me daba cuenta...

— Mi mamá dice que todos somos ciegos.

— ¿Qué, eso dice? ¿Cómo van a ser ciegos los que ven?

— Ella dice que sí. Dice que ver es otra cosa.

— ¿Vos la entendés a tu mamá?

— No siempre. ¡Tiene cada idea! Mamá dice que los que ven, se lo creen.

— Pero decime una cosa, Candela. Vos le tocás la cara a Marcos y la conocés ¿y yo, que la veo, no la conozco? ¿Me la creo?

— No, eso no, es otra cosa. Yo la entiendo y no la entiendo a mi mamá, pero algo sí.

— ¿Qué entendés?

— Ponele que alguien te dice “¿y vos quién sos?” ¿qué le contestás?

— “Yo soy Hugo”, ¿qué le voy a decir?

— Y cuando decís “yo soy Hugo” ¿qué decís? ¿qué es ser Hugo?

— ¡Estás flasheando Cande!

— A ver, te digo otra cosa. Vos sabés dónde es mi casa, ¿no?

— Sí claro.

— Cuando me preguntan dónde vivo, yo siempre contesto que en la Catamarca, pasando el Tajar una cuadra y media.

— Sí, ya sé.

— Bueno, yo lo decía y todo bien. Pero el año pasado, estábamos en Carlos Paz, en las vacaciones, y nos hicimos re amigas con unas chicas de La Pampa. La que era como más amiga un día me dice, ¿vos dónde vivís? en La Rioja, pero dónde en La Rioja, por la Catam... Y ahí me quedé.

— ¿Qué no te acordabas?

— No, que si le digo en La Rioja y después en Catamarca, no se entiende nada.

— Y bueno, le decías en la calle Catamarca y ya está.

— ¿Ah, ya está? ¿y lo otro? ¿Qué es el Tajar, para dónde una cuadra y media? ¿Te das cuenta?

— Y claro Cande. Si el tipo que te pregunta es un inglés no le vas a hablar en castellano.



Niño geopolítico mirando el nacimiento de un hombre nuevo | Salvador Dalí

— No Hugo. Te digo que las chicas eran de La Pampa, que hablaban como nosotros. Pero cuando quise decir dónde es mi casa...

— Andá, para mí todo esto de tu vieja es una berretada.

— ¡Qué piola! No querés entender y la culpa la tiene mi mamá.

— ¡Ah, no quiero entender!

— Hugo escuchame, si vos tenés un barrilete y viene un chico y te pregunta qué es, vas a contestar “un barrilete”, no?

— ¡No le voy a decir que es un inodoro!

— ¿Y qué pasa si hay otro chico por ahí que dice “no, eso es un cometa”?

— Bueno, algunos le dicen cometa.

— ¡Eso, eso! Le dicen. Ahora me acordé. Lo que dice mi mamá es que la cosa, lo que tenés en la mano, no cambia, le digas como le digas.

— ¿Y?

— Que ver o escuchar no alcanza. Que las cosas no son las palabras.

— ¿Y para eso tantas vueltas?

— ¡Ah, te parece fácil! A mí todo esto me parte la cabeza.

— Pero claro, una piedra es una piedra, se llame piedra o roca. ¿Me estás haciendo “bullying”?

— No, Hugo. Nada que ver.

— ¿Y entonces qué me querés decir con eso de que la vista engaña?

— Lo que mi mamá quiere decir, bah, me parece que quiere decir, es que las palabras y las cosas no tienen nada que ver. Ella dice “el Río de la Plata no es de plata...”

— Ni se ríe, jajaja

— ¡Eh! sonó el timbre Hugo. Vamos que hoy la Mabel...

BETTY, LA EDITORA

Crepúsculo

por Carlos A. Altgelt

Odio la hoja en blanco. Soy escritor y pensar en ella me da escalofríos. Hace 20 años era la de un bloc A4; hoy es la pantalla de mi computadora.

Para peor, mi médico me dijo ayer: "Escúcheme Roberto. Le doy un consejo. Cuando se desvele en el medio de la noche, piense en una hoja en blanco.

Imagínese la. A usted no le va a ser difícil. Va a ver como al ratito está roncando otra vez y no se levanta a la mañana más cansado que cuando se fue a dormir.

Le hice caso y, para mi sorpresa, anoche dio resultado. Porque en el medio de la noche me desperté y comencé a pensar en todo tipo de diálogos para usar en la novela que estoy escribiendo y, como de costumbre, me desvelé.

Entonces me imaginé estar frente a la "pág. 1 sec. 1 1/1" de Word for Windows (el equivalente de la hoja en blanco recomendada por mi médico) y, en lugar de tener pesadillas de sólo pensarlo fue, como le dicen, un santo remedio, porque me quedé dormido de inmediato.

Bueno, sí, tuve una pesadilla, pero una tan maravillosa que apenas me desperté, salté de la cama y, olvidándome del desayuno, fui directo a mi Hewlett-Packard.

Tenía la idea perfecta para un cuento corto. Le puse como título «El último hombre sobre la Tierra».

Escribí frenéticamente y para el mediodía lo tenía terminado. Almorcé, lo revisé rápidamente ya que era bastante corto (de acuerdo a la barra de herramientas tenía apenas 309 palabras) y le mandé un mail a Betty...Isabel.

Isabel es mi editora. Su apellido me lo guardo

porque a ella, muy modesta, no le gusta la publicidad, aunque si fuera sólo por mis cuentos, nadie la conocería. Es tan cortés que a sus correcciones las llamaba "sugerencias", ya que no le gustaba imponer su opinión.

Le dicen "Betty", un apodo distinto de aquellos que me hacen pensar para qué los padres se molestan en elegir nombres tan lindos como Mónica, Agustín o Dolores, y acaban diciéndoles Moni, Agu o Dolo.

Nos conocimos a través de una revista de ciencia ficción, de la cual ella es la editora. Meses atrás le había mandado un par de cuentos que rechazó de inmediato, pero lo hizo de una forma tan delicada que me llamó la atención. Además, dejó la puerta abierta para que siguiera intentando.

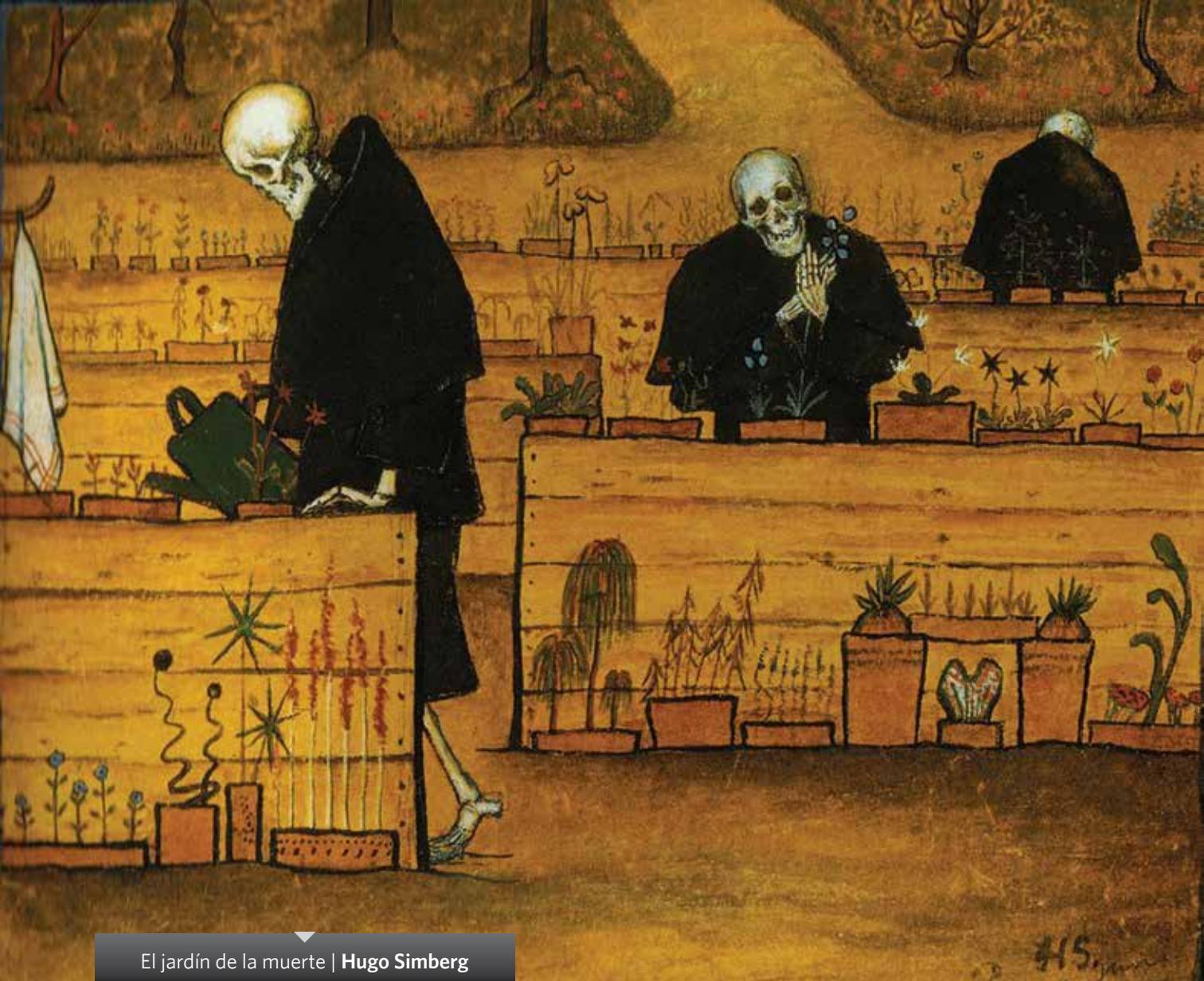
Y fue por eso que hoy probé suerte una vez más.

Dado que el cuento era corto, no tardó en contestarme.

Como siempre, sus sugerencias eran muy apropiadas, porque tengo una tendencia a usar veinte palabras cuando cuatro son suficientes. Su regla principal es que la versión final de un manuscrito tiene que ser revisada de tal forma que tenga un diez por ciento menos de palabras que el primer borrador.

Además de suprimir, sus otros consejos servían para aligerar la lectura. Destaco aquí los números 4 y 6 del mail que me mandó, numerados con una precisión digna de un ingeniero:

4) El "Pero" y el "Y" al comienzo de oración se usan para dar énfasis, ritmo y por eso se usan poco. Sus lugares naturales son dentro de la oración misma, uniendo dos acciones. Si querés nos fijamos si tus "Peros" e "Ys" al comienzo de oración cumplen con ese fin.



El jardín de la muerte | Hugo Simberg

6) Fíjate también en esas muletillas que usas, como “desde ya”, “si se quiere”, “por decirlo así”, “por suerte”, etc. Tal vez las podrías cambiar por otras expresiones menos trilladas pero, a mi parecer, es mejor suprimirlas totalmente.

Por supuesto le hice caso y, con la ayuda del buscador de Word, localicé sistemáticamente todos los “Pero...”, “Y...”, adjetivos y demás frases hechas. Al verlos me entraba la duda y reescribía una y otra vez. Recordé el dicho: “Ante la duda abstente” y acabé suprimiéndolos.

Continuó el intercambio de mails. Vino la eliminación despiadada de personajes sin importancia y frases de relleno.

Luego de revisar cuidadosamente durante el fin de semana la versión final de lo que quedaba de mi cuento, acabé con esto, un mini-cuento corto:

Y entonces me quedé como el único ser viviente sobre la Tierra.

Cuando sonó el teléfono.

—Hola —dije al levantar el receptor.

—¿Hola? —me contestó una voz del otro lado.

Quedaban 30 palabras de las 309 originales. Un diez por ciento. Pensé que se nos había ido la mano, que la idea era reducir UN diez por ciento, no AL diez por ciento.



Estaba sin embargo satisfecho con el resultado y se lo mandé a Betty, no sin antes suprimir la "Y" del comienzo (icasi me olvidé de su consejo!).

Como de costumbre, encontró muchas cosas para mejorar.

Roberto, estoy muy contenta con el resultado, pero aquí te mando algunas ideas:

- 1) Suprimí el "entonces", es innecesario.
- 2) Lo mismo con "ser viviente".
- 3) "Del otro lado" está de más...

Un beso, Betty.

Entusiasmado con estas mejoras, pero desconazonado por no haberme dado cuenta de ellas, reescribí el texto, que ahora tenía 23 palabras solamente. Cuando estaba listo para reenviárselo para su último "visto bueno", oí la campanita avisándome que acababa de llegarme un mail.

Era Betty:

Roberto querido, perdoname, pero se me acaban de ocurrir otras ideas, a ver qué te parecen:

1) Creo que sería más directo si sacás eso de "dije al levantar el receptor". Es obvio, ¿no? Acaba de sonar el teléfono y decís "Hola".

2) Y ahora que lo pienso, lo mismo pasa con "me contestó una voz". Si te parece bien, yo que vos lo saco.

Beso, Betty.

Entonces lo reescribí, más bien usé otra vez la tecla "suprimir" y me quedó esto:

Me quedé como el único sobre la Tierra.

Cuando sonó el teléfono.

—Hola.

—¿Hola?

Lo miré una y otra vez, me hice un café, volví a mi escritorio y cuando estaba por mandárselo una vez más, me inspiré y pensé que el mini-cuento (ahora un minimini-cuento de 14 palabras) tendría mucho más impacto si suprimía los dos "Hola" finales:

Me quedé como el único sobre la Tierra.

Cuando sonó el teléfono.

Mientras disfrutaba del café, leí esta docena de palabras y me entró un escalofrío. ¿Dónde podría publicar algo tan cortito? ¿Es más, no había leído algo parecido en algún lado?

Necesitaba urgentemente la opinión de Betty. Se lo mandé y seguimos con el tira y afloje. Me sugirió sacar el "me" del principio por innecesario; yo le agregué para compensar "ser" antes de único; a ella le pareció mejor cambiar "sobre" por "en" y suprimir el "cuando" y así seguimos durante un par de horas cuando lo que quedó del cuento era simplemente:

La Tierra

Usé la tecla "suprimir" y la pantalla quedó en blanco nuevamente.

Apagué la computadora y me fui a dormir con la satisfacción del deber cumplido. Si bien el resultado no era demasiado promisorio, Betty estaría orgulloso de mí.

Con suerte, tal vez tenga otra pesadilla inspiradora.

FIN

"Bien de palabra"

Por Luis A. Esmail

Miré la hora y ¿por qué no?
todos los segundos con sus siglos
incluso
se me escurrieron entre los dedos
sin paz ni ruidos.
¿Por qué habría de ser de otro modo?
Me pregunté al tiempo
que los años
al caer de entre mis manos
desguazaban la piel
y se hacían nada contra el piso.
Pasó un rato o tal vez años
y desde el suelo, desde la tierra
¿de dónde sino?
un aroma a tiempos en desuso o
a futuros en nacimiento
hizo trastabillar mi alma.
Y una palabra se levantó y me volvió a
la tierra
y mil más enderezaron el cuerpo.
Bien de palabra, me dije, y, ya
rehecho
abrí todos los ojos que pude y vi mi
cara
otra vez sonriendo
otra vez soñando.

Mis palabras ya no te abrazan

Por Yenis Oviedo

Mis palabras ya no te abrazan,
Ya no dejas que mi voz te cubra de besos
cada mañana.
Al leer mis cartas de amor,
Bostezas sin compasión.
Si guerra fuera el tema,
Dormido siempre te quedas.
De seda y lentejuelas
mis palabras ya vestí.
Con tacones altos desfilaron,
Se equilibraron para ti.
Sin interés las ojeaste,
ninguna gracia.
En mis versos encontraste.

Barahúnda

Por Ana Romano

Platinados espolones
delimitan
encubrimientos.
Decoran
las palabras
gargantas.
Es en la codicia
que las querellas
sobreviven relamidas.
Y el vínculo
se desangra
en el sarcófago sonrojado.

Vocales

Por Ana Romano

Mientras que
en su desencadenamiento las ideas
resbalan en la mesa
las palabras prefijan
el desliz.
Mostacillas
engalanan los bordes.
Las notas vaporizan
la escritura
¿ Zozobran
los signos de puntuación?.



Palabras del corazón

Por Julia Meso Ramirez

Desbordan a borbotones
las letras del corazón,
figuras que son canciones,
constelaciones de amor...
Quisiera escribir mil versos,
prosa con cierta ficción
sobre hechos, sueños o inventos,
itodo tiene su lector!...
Despiertan mis mariposas
que en ronda quieren jugar,
e hilvanando los renglones
se atreven a perdurar...
ya me siento desbordada
con pautas de creación
cataratas de palabras
atosigan mi razón.
Ahora, en plena faena,
me auxilia la fantasía
y se disipa esa pena
que me impedía soñar.
¡Al fin llegan, emociones!
Quería otra vez sentir
mi oficio de soñadora:
¡quiero volver a escribir!.

Las Palabras

Por René Abate

Despertaste en mí,
lo que dormido estaba,
desde tiempos habitados
por quimeras y poesía;
Soy delirante esclava,
de los versos que escribo
sobre este papel que espera.
La noche me regala,
cual si estrellas las palabras
que ebria de lirismo
dejo caer como rosas
sobre la luz de tu recuerdo.

CORRUPCIÓN (DE LAS PALABRAS)

Crepúsculo

Por Gabriela Giurlani



De la serie desastres de la guerra | Francisco de Goya

*Heridas mortales.
Con palabras, sólo palabras.
Profundas, poéticas, elocuentes, trascendentes,
bonitas palabras.
Proclamadas y no vividas. En ningún tiempo.
Inertes. Sin espíritu. Espúreas. Muertas.
El amor, la solidaridad, la belleza, los valores,
la paz...*

*Bastardeados
por sus mismos predicadores,
por sus propios propulsores,
por sus circunspectos representantes,
por sus serios embajadores...*

Doble moral, ninguna ética.



*Palabras que nunca se cumplirán,
que nunca serán acción (real, verdadera).*

*Incoherentes. Impropias. Inmundas.
Retórica violenta que genera violencia.*

*Apariencias aparentes, como máscaras
macabras de cirugías estéticas.
La oscuridad hablando de la luz.
El odio hablando del amor.
La discriminación hablando de la inclusión.
La vileza hablando de la honestidad.*

*Palabras simuladas por simuladores.
Educadores de la falsedad.
Artistas sin códigos.
Periodistas de la mentira.
Comunicadores de la confusión.
Manipuladores de la ingenuidad.
Adalides de sus intereses.
Abusadores de la confianza.
Engañadores de la humanidad.
Destruyores de toda esperanza.*

*El hombre se deja seducir voluntariamente
por el canto perjurado de las sirenas,
perjurando su propio porvenir.*

Una y otra vez.

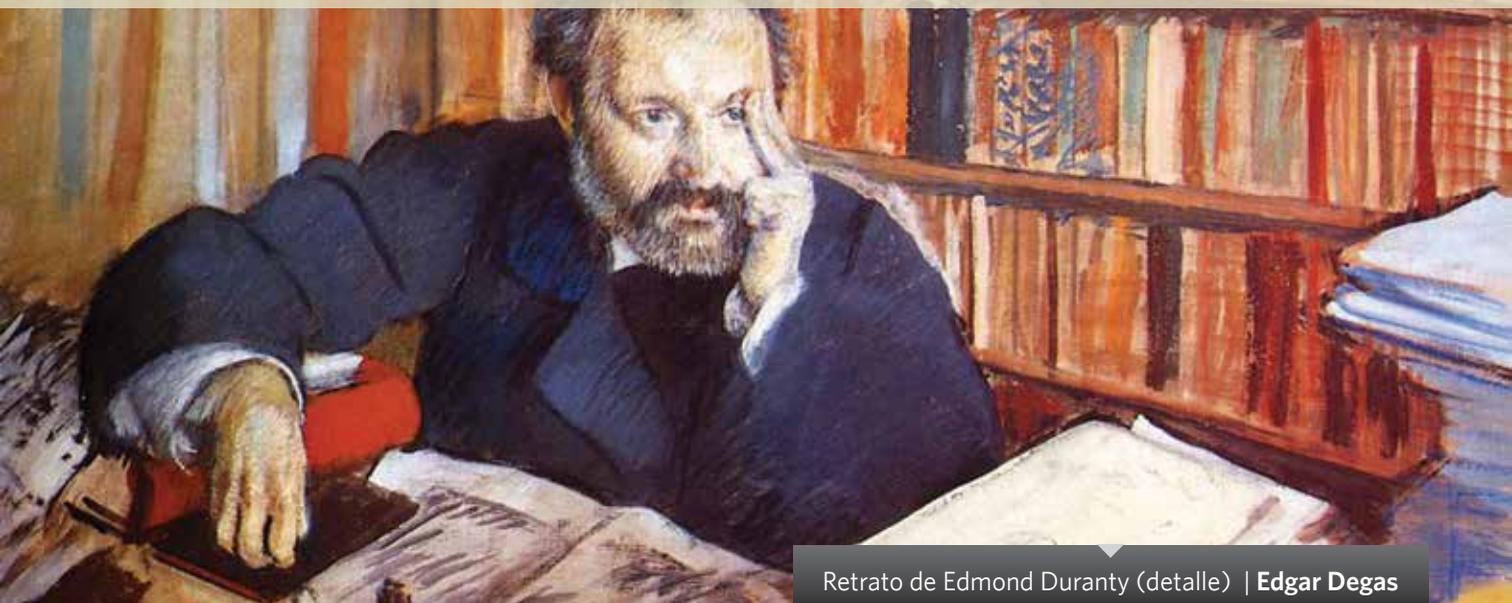
*El mundo se corrompe con palabras vacías
y arte profanado.*

ESCRITOR DE SIGNOS

Crepúsculo

Por Leticia Garriga

“...la referencia de una palabra es otra palabra.
Así, no es lo que dicen las palabras sino lo que se dicen entre ellas.” **Octavio Paz.**



Retrato de Edmond Duranty (detalle) | Edgar Degas

Le gustaba escribir, perderse entre palabras durante horas. Disfrutaba el gozo de permanecer en su estudio acompañado de libros, meditar y decidir el tema que iba a compartir con su escritura. Así rodeado de cientos de obras apiladas hasta en sillas, creó un jardín, un laberinto de sentimientos y palabras al paso de su vida. Descubrió largas e intrincadas veredas en donde la vida y la muerte, fornicaban sin descanso poblando de dolor y placer no sólo hojas y libros.

Las palabras lo conducían entre desiertos, valles, mares tempestuosos o calmos, penetró sueños desde la umbría del bosque que despejaba su fronda al toque del alba, conoció entre violentos huracanes... lo íntimo de pasiones impúdicas que atropellaron la vida de heroínas y héroes sin talento, dejándolos desnudos e inermes ante el corazón estrujado de sus lectores.

Vivían en su narrativa y poesía, personajes enmarcados en el universo de ayer, hoy y siempre. Su obra escrita nos habla de la humanidad plácida o doliente, de padres, madres, putas, gays, lesbianas, asesinas y asesinos despiadados, parricidas o de hombres o mujeres desfigurados y marginados como escoria por sus experiencias de niños, los que abusados, guardaron en su corazón un odio que creció hasta el día de la venganza, cuando desquiciados, después de matar a muchos... se suicidan lanzándose al vacío, mutilándose o apuntando atinados en su boca y jalando el gatillo.

Quién escribe puede ver a través de la piel del agua o de la carne de un cerdo destazado en el rastro. Un escritor se expresa en palabras a través de un hilo negro, es un visionario, puede plasmar aquellas moscas que desollaban cadáveres a la diestra de un río o nubes de lluvia con hilos de seda colgando de un sueño o alguna tarde de estío decirnos que el agua que bajaba del cielo inundaba viviendas y deshacía documentos dejando sin propiedades y borrando como personas a todos.

Las palabras escritas en papel o lanzadas al aire, han dejado una interrogación que tiene una sola respuesta si miramos al interior de la sociedad que nos rodea ¿En manos de quién y dónde quedó el amor y el cuidado de la infancia del hombre?

Mujeres y hombres han escrito en el decurso del tiempo acerca de las atrocidades y aciertos de la humanidad.

Heredamos su obra intemporal y hoy, los que seguimos atrapados en el oficio de escribir, penetramos en el laberinto de palabras como en la Torre de Babel y aunque sabemos que el hombre es el lobo del hombre, tenemos la esperanza y confiamos en que a pesar de un panorama desolador, podremos seguir escribiendo en hojas de árboles... por mucho tiempo.

BUSCANDO PALABRAS

Crepúsculo

por Albin Lainez

Buscando palabras sentí elevar esta piel de concreto, pero entonces diáfana ante la expectativa y multiplicada por miles, tornando a soplo de primavera frente y perfil. No cejo en el antiguo rastreo, pero frases que valgan la pena no, ocurre en cambio una memoria de madrugadas, de madresanta, parado en cierta esquina donde cruzan los brujos, cigarrillo para vértigo, paciente espera del bondi hacia no lugares, o rumbo a memorias de claustros donde desaprendí lo artesanal. Prístino arrebol en fosas nasales, mezclándose con humo industrial y tubos de escape, placentero a pesar de las recomendaciones. Medio vencido por tanto esfuerzo, retomo la indagación subterránea, ya que necesito en grado sumo hallar palabras para decir esto que pugna como fiebre de la ruta, como rata por tirante. Sólo encuentro espejos de naturaleza dudosa, colgando de árboles a mi vera, frente a los que bailar desnudo si prefiero, desvergonzado por cualquiera que ande y mire; más una música de aquellas. Preciso cierta relación de símbolos para expresar lo no dicho, lo imposible de ser transmitido en idioma de la academia, y que favorezcan el ánimo preciso como para emigrar sin saber adónde.

De palabras nada...
ya para qué.



Personajes en la noche | Joan Miró

OTRA VEZ

Crepúsculo

Por Fabián Ostropolsky

Otro de estos textos, otra vez la mente masticando con la boca abierta. Pero elevo mis hombros porque no encuentro réplica, preciso sentarme en el medio de este laberinto, acatar los murmullos del fondo, obediente, como quien baja la cabeza.

Es desgano metálico, son nubes inmunes al aire, es la simpleza enredada en el esfuerzo.

Otro de estos textos, "no se debe". Soltar palabras que aprietan es de poesía patética. Y yo que lo sé y quizás no me importa, quizás esté a punto de hacerlo de nuevo, quizás de golpe.

Apatía en blanco y negro, dolores gástricos o metástasis cardíaca, suspirismo condescendiente, culpable de esas culpas, y ay dios míos de dioses ajenos.

Porque para alejarme de roles como éstos, sólo el silencio, palabras invisibles o inservibles. Porque el acto reflejo es putear de nuevo.

Vidita cansada de robar un cuerpo, relojes con demasiada pila, caries buscando muelas, ceguera traidora que ve bien de cerca, y mi alegría condenada por incesto.

Sí. Otro. Pero la catarsis no se lleva bien con mis letras. Mi tristeza es mía y no la presto, que me disculpe el cliché de "la felicidad sólida y las palabras de aliento", que el aliento no tiene por qué ser alentador, a veces es simplemente insuficiente. Porque la felicidad se cruza de vereda cuando se hace de noche.

Entonces un día menos, látigo hecho con venas mal altadas, mañana vemos y más palabras con viento en contra.

Otra vez, harto de que me desvelen mis propios gritos de auxilio, de esta farsa que camina derecha, de que el cariño me prepare para el olvido, de que el futuro se enchastre los puños de la campera, del espejo incomprendido.

Y otra, otra vez, me pregunto para qué carajo escribo...

En el desierto | Paul Klee

LA REBELIÓN DE LAS PALABRAS

Crepúsculo

|| por *Hernán Paredes*

Solía creer en las palabras como meros instrumentos de expresión. Así como los músicos se valen de una extensión finita de notas que, agrupadas de diversas maneras y dotadas de precisas unidades de tiempo, dan nacimiento a incontables obras - algunas, titánicas y atemporales; otras, simples melodías pegadizas que nos impulsan a bailar el ritmo de moda o nos venden algún producto innecesario -, pensaba que la palabra no tenía entidad por sí misma, sino que se amoldaba a las intenciones de todo aquel que goza de sus diligentes servicios para comunicar ideas, informaciones o sentimientos.

Siempre me ha asombrado cómo dos personas pueden agrupar las mismas palabras con idéntico orden y, sin embargo, transmitir dos sentimientos diametralmente opuestos. La frase "negro de mierda", por ejemplo, puede salir tanto de la boca de alguien que abraza a un amigo con el que se reencuentra luego de años de separación como de quien se dirige despectivamente a una persona de diferente raza. Es por eso que toda mi vida me he opuesto al hecho de estigmatizar a la palabra, ya que consideraba que su natural función de canal de expresión hacía que se convirtiera en una ventana nítida a través de la cual, si se observa con objetividad, es posible adivinar con claridad las intenciones de quien la utiliza. En mi opinión, el real causante de los problemas de comunicación no se encontraba en nuestra lengua, sino en nuestros oídos, con sus interminables filtros que hacen que esta se pierda en laberintos de interpretaciones tan diversas como seres humanos tiene el planeta. Por esta razón, desde muy joven me interesé en

la literatura, ya que creía que la habilidad de los grandes escritores para plasmar la palabra en un contexto artístico, era donde esta más se acercaba a su loable objetivo. La labor de un escritor no consiste en ordenarlas al azar, poniendo especial cuidado en florituras y frases ampulosas, como una mujer que busca impactar tiñendo sus cabellos, pintarrajeando su rostro y agregándose prótesis mamarias. La verdadera belleza de la creación literaria es esa capacidad que estos autores tienen, mediante simples signos lingüísticos, de evocar o provocar sentimientos en lo más profundo de nuestras almas, transportándonos a mundos desde donde, si uno se deja conducir, puede volver transformado. Las orgías de palabras que se suceden en los poemas de Gironde o en los cuentos de Cortázar producían una reacción pornográfica en mi mente, a tal punto de que dejé de leerlos en público, ya que varias veces me han echado a las patadas de algún bar luego de entrar en éxtasis y experimentar escandalosos orgasmos cerebrales. Pero todo eso es parte del pasado. Todas esas creencias que tenía con respecto al universo de las palabras se han desmoronado ante la revelación de sus auténticas y abominables intenciones. Hace un año decidieron adquirir voluntad propia y tomar el control de cada aspecto de mi existencia. Poco a poco fueron desmantelando hasta el más mínimo vestigio de dignidad en mi ser, solazándose en una lenta tortura.

Comenzaron atentando contra mi vida amorosa, y no pasó mucho tiempo hasta que consiguieron separarme de mi dulce Florencia. Su primer acto de sabotaje fue cuando me deja-



Retrato de Emile Zola | Edouard Manet

ron mudo luego de recibir su sentido "te amo", para más tarde aparecer inspiradas en el medio de un velorio, manifestando las frases más románticas jamás concebidas a la reciente viuda. El siguiente golpe se perpetró en el casamiento de su mejor amiga, al desbocarse en piropos por demás picantes hacia varias de las asistentes, entre las que se incluían mi suegra y la flamante novia. Pero la estocada final a esos cinco años de amor fue cuando, en medio del más intenso arrobamiento sexual, me obligaron a proferir a gritos los nombres de cada una de mis anteriores parejas. Enfervorizadas a causa de este primer triunfo, su siguiente paso fue acabar con mi vida laboral. No tuvieron que trabajar demasiado para lograrlo, ya que solo les bastó con transformar mi boca en un verdadero conducto cloacal y, acto seguido, dedicarse a describir en voz alta y con la más execrable chabacanería, las exuberantes redondeces que conforman el contorno de las caderas de mi ex jefa. Conscientes de su creciente poder, celebraron una asamblea general en donde pusieron de manifiesto su desdén por los convencionalismos que las encasillaban en un significado específico e inamovible. A partir de la moción presentada por la palabra "perro" - que era una acérrima amante de los gatos- dictaminaron unánimemente declararse en rebelión y reasignarse dichos significados de acuerdo a sus propios caprichos. De ahí en más tuve que dejar de concurrir a restaurantes, ya que las palabras que describen las diferentes comidas se negaban a emerger, siendo reemplazadas por otras que usurpaban alevosamente su lugar y me exponían a situaciones en extremo bochornosas. Así la pizza de mozzarella pasó a llamarse prepucio de chimpancé y las papas fritas cambiaron su nombre a forúnculos fritos (como ven, esta última fue la única en rehusarse al arbitrario cambio). También me enteré de que la palabra "lepra" era hinchada fanática de Rosario Central, cuando en medio de los apasionados cánticos que se suscitaban en la platea de Newell's Old

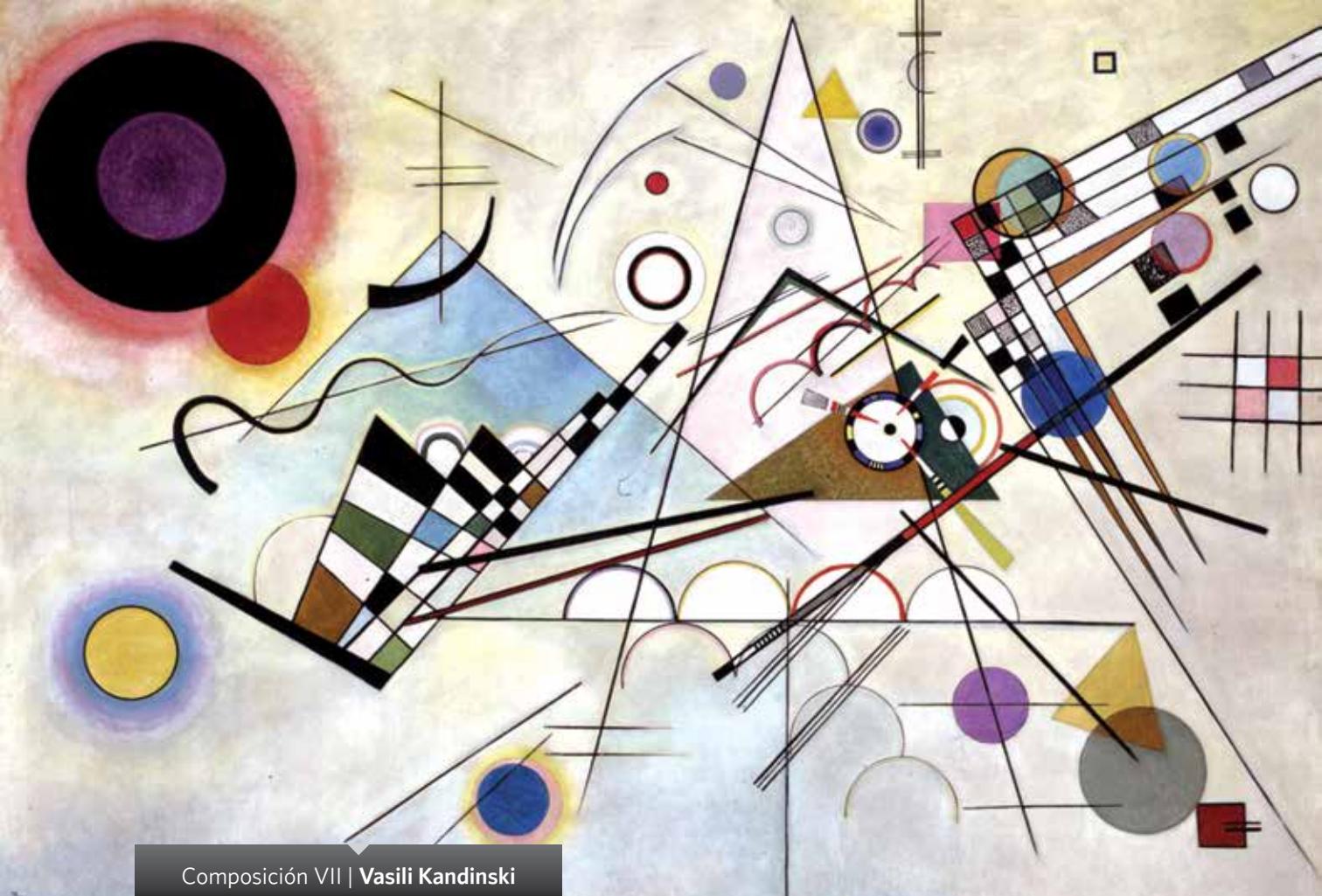
Boys se me escapó un audible "¡vamo' canalla!", que me forzó a emprender una huida desesperada para poder salvar mi vida.

Hace unos días fui citado a tribunales para aclarar un pequeño incidente que involucraba a mi persona y una serie de epítetos peyorativos e insultos varios dirigidos a los honorables agentes de la seccional 9ª de policía, adonde había ido a denunciar el extravío de mi documento de identidad.

- ¿Cómo se declara Fernández? - preguntó el juez luego de leer los cargos.
- Me declaro indecente.
- ¿Perdón?
- Disculpe señor juez, la palabra que busco es impotente.
- ¿Usted me está tomando el pelo o tiene problemas mentales?
- ¡Noooo, soy insolente! Quise decir impertinente... Incongruente, indigente, indiferente, inconsciente, intendente, in..., in... ¡Mierda!
- ¡Al calabozo! - concluyó el juez.

Y aquí estoy, en esta celda de mala muerte que comparto con un condenado por homicidio múltiple, el cual, desde el primer momento de mi llegada, me mira fijamente a la vez que rechina sus deterioradas piezas dentales y golpea su palma abierta con el puño cerrado, acción que resalta aún más sus imponentes bíceps cubiertos con tatuajes alusivos al Tercer Reich.

Obviamente ellas no pudieron con su genio y resolvieron jugarme una última mala pasada. Justo en el momento en que mi compañero se encontraba descargando su vejiga, se les ocurrió verbalizar en tono bromista una relación comparativa entre el tamaño excesivo de los músculos y la insignificancia del miembro viril masculino. Para ser completamente sincero, creo que de esta no me salvo.



Composición VII | Vasili Kandinski

¿Dónde van?

Por Norma Mrell

Con alas apresuradas
han echado a volar sueños,
y como pájaros yacen,
las palabras y los versos.
¿Adónde irán separadas?
sin romances ni sonetos,
tal vez encuentren bandadas
de pájaros en el cielo.
¿Adónde irán las palabras?
que van volando en el viento,
tal vez a formar guirnaldas
con los pájaros en vuelo,
y alejandrinos con alas
nos pinten el universo.
Las poesías en sus ramas
dirán dónde van los versos.
Cuando mueren las palabras,
queda un profundo silencio.

Verba

Por Susana Angélica Orden

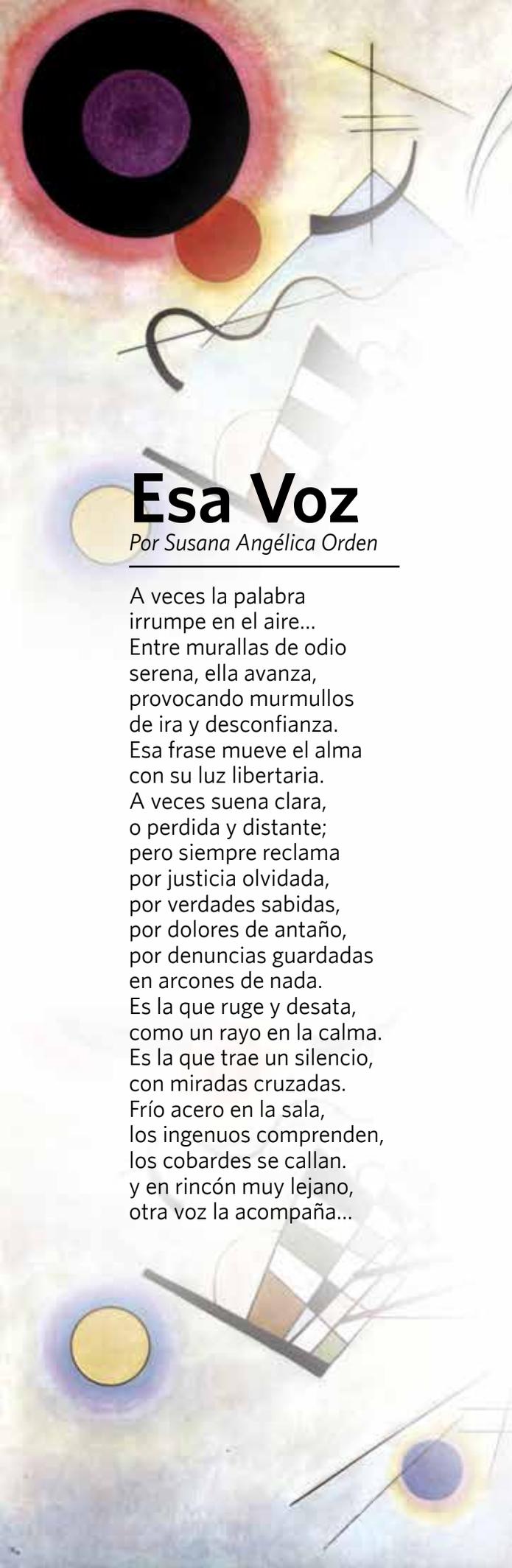
Cuando la palabra se afianza en las cosas
y mueve los hilos del tiempo que corre,
temblando renacen, lejos de las sombras
de opacos desiertos, simientes de voces...

Antiguos caminos surgen de las rocas;
ritos ancestrales, su culto reponen.
Tesoros perdidos fluyen de las olas
y gotas de lluvia dan luz a los bosques.

El alma se eleva, fundida en la aurora;
un rayo es destello del sol en la noche.
La vida se impone, cual noble señora;
el cielo establece la ley en los hombres.

Las letras vacías se llenan de forma
y cobran sentido para el que conoce.
El Verbo se esparce, cual mágica espora;
los seres del mundo reciben su NOMBRE...

Observaciones: Verba: del latín "Las palabras"



Esa Voz

Por Susana Angélica Orden

A veces la palabra
irrumpe en el aire...
Entre murallas de odio
serena, ella avanza,
provocando murmullos
de ira y desconfianza.
Esa frase mueve el alma
con su luz libertaria.
A veces suena clara,
o perdida y distante;
pero siempre reclama
por justicia olvidada,
por verdades sabidas,
por dolores de antaño,
por denuncias guardadas
en arcones de nada.
Es la que ruge y desata,
como un rayo en la calma.
Es la que trae un silencio,
con miradas cruzadas.
Frío acero en la sala,
los ingenuos comprenden,
los cobardes se callan.
y en rincón muy lejano,
otra voz la acompaña...

La palabra

Por Norma Haydée Pérez

Chisporrotean en el crisol del poeta,
viejos libros las acunan,
dedos pequeños las acarician,
las atrapan las almacenan.
Con múltiples significados, o sólo el preciso.
Son mágicas, tienen cuerpo, alma,
lloran, ríen, sabrosas, amargas,
aromadas de mar.
Algunas mienten, aludan, condenan.
Encadenan mentes, son humildes,
orgullosas.
Mudas o arrogantes.
Son fuertes como gladiadores romanos.
Se agolpan en las mentes de los sabios,
profundas, filósofas, silenciosas.
Vuelan como fantasmas en noches sin luna.
Estallan en gargantas oprimidas,
al grito de: ¡libertad, libertad!
El viento las lleva y las trae
en boca del marinero solitario.

Sol, una palabra

Por Emilia Vidal

Me faltas sol, el lagarto en mí
languidece, amarillea
Las algas que flotan en mis ojos
se abandonan lentamente al fondo
de las pupilas
y el jardín de mis ancestros
se niega a fructificar. Mi cuerpo
anochece sin el abrigo
de tu radiante entramado
Araña estelar, prestidigitador de fotones
dame vida, que se me va
Nos faltas sol, lo muerto no hace
sombra ni refleja alegría
El mayo que nos visita reclama un botín
de huesos y miembros amoratados
un pago para desaparecer y
empupar en el envés de los años
Se llevará unas vidas, advierte
Y todos podemos ver -bajo los cartones
en las calles- que dice la verdad
"Una palabra tuya bastará para sanarme"
pide una anciana al cielo
Y te habla a vos sol, aunque no lo sepa
Sol, sol invicto: danos una palabra,
con una alcanza
para entibiar la semilla y abrazar el latir.

EQUÍVOCOS

Crepúsculo

Por Laura Torres

"Lo más importante en la comunicación es escuchar lo que no se dice" - Peter Drucker

"Si usted ha comprendido, seguramente está equivocado" - Jacques Lacan



Contrato de Matrimonio | William Hogarth

Hola, ¿usted está para atenderse con el Dr. Filipo?

- Si, recién comenzó la consulta. Va por el número 3.

¿Qué número tiene?

- ¿Por qué me lo pregunta? ¿En verdad desea mi respuesta...o simplemente pretende iniciar algún tipo de diálogo para matar su aburrimiento mientras espera?

- Ejemmm... perdón señora, usted fue la que empezó...

- Efectivamente, con responderme que sí, alcanzaba...

y yo me habría quedado callada...sentada en esta silla leyendo una novela, mientras usted pensaría en el malhumor de su mujer cuando se despierta o en los dolores de cabeza que le da su hijo cada vez que le pide prestado el coche.

- ¡Qué atrevimiento de su parte! ¿Qué sabe usted de mi familia?

- Nada en absoluto, si Ud. no empieza primero por contarme acerca de ella, no podré hacerme ninguna idea al respecto.

- ¿Y para qué querría yo contarle a una total desconocida cuestiones personales? A alguien que me regaña porque no le he contestado con monosílabos.

- Yo no pretendía eso. Usted no me entendió, simplemente esperaba que me respondiera si estaba para ser atendido por el doctor o no. De esa forma, me habría dado cuenta en donde debía sentarme para esperar.

- ¡Hubiera empezado por allí!... por preguntar "si ésta es la sala de espera del doctor Filipo".

- Ja, ja, ja ¡No se haga el experto en dialéctica! ¡Mire... que venir a dar lecciones de cómo mantener un diálogo!

...Jajaja. Usted hace preguntas innecesarias, totalmente inútiles, y que no le aportan nada a su interlocutor.

¡No me mire con esa cara! Y si no es así dígame ¿de qué le sirve a Ud. saber que mi número es el 12? Con aclararme que el 3 había pasado, era un dato más que suficiente para llegar a saber cuántas personas están antes que yo.

- Yo pretendía ser amable.

- Disculpe, usted es un desvergonzado. No me cree competente de hacer una operación matemática tan sencilla que un niño de escuela es capaz de resolver.

- No pretendí ofenderla...en ningún momento

dije que usted sufriera de alguna demencia... o tuviera algún deterioro intelectual, simplemente...

- Quiere ligar conmigo... ¿verdad? Después de todo... nunca me dijo cuál es su número. Quizás piense que si tiene uno anterior al mío, pueda esperarme hasta que yo salga y entonces invitarme a tomar un café.

- Son puras fantasías tuyas... Estoy felizmente casado con mi mujer desde hace treinta años.

- ¡Eso! Me lo suponía... la excusa más común...un matrimonio aburrido... y usted...queriendo hacer algo distinto para salir de la rutina...Vio... ¡cómo ahora pretende hablar de cuestiones personales!... ¿No es...que yo para usted... soy una desconocida? ¿No lo dijo hace apenas unos momentos? Y sin embargo... pretende desahogar sus penas conmigo.

- ¡Basta! Usted está loca... Entiende lo que le conviene, y en su cabeza da vuelta las palabras que escucha. Y si no... ¿Por qué iba a usted a inventar que soy infeliz en mi matrimonio? ¿Porque llevo treinta años casado?

- ¿Perdón...? ¿Entendí bien? O usted me está tratando ahora de loca... de fantasiosa... mentirosa... e incluso demente.

¿Usted se olvida que está sentado en la sala de espera de un médico psiquiatra? ¿Qué le parece si hacemos de cuenta que esta conversación nunca tuvo lugar y que yo llego recién y le pregunto:

- Hola, ¿usted está para atenderse con el Dr. Filipo?

-!!!

NIHIL

Crepúsculo

Por Atilio Escuder

Ninguna palabra quiere salir de su hábil encierro. Están a gusto en su confortable prisión. Temen que la salina luz las pueda apergaminar. Allí reclusas por deseo propio las puedo intuir zalameras, presumidas... Se resisten a salir, a despojarse de su hábito presidiario para sentirse libres de todo ropaje, desnudas de toda obligación. Están seguras allí dentro. Se han aferrado a la obstinación de no querer trascender.

Juegan conmigo a las escondidas. Al descubrirlas corro como loco detrás de ellas. Cuando estoy a punto de aprehenderlas se escabullen. Creo rozarlas. Son más veloces y diestras. Se confunden entre ellas y me confunden en su solapado mimetismo. Olfateo la trampa pero caigo en ella una y otra vez. Por más que trato de reconocerlas, no las identifico. Sé que continúan allí. Veo sus risotadas. Están al alcance de mi mano pero no llego a ellas. Sus movimientos me dejan un extraño perfume en la boca. No sé cómo hacer para que exhalen su esencia más allá de mis labios.



Cartel de propaganda | Alexander Rodchenko

Invento mil y un ardides para exteriorizarlas. Desconozco sus nombres, quizás los entrevea, pero aunque los supiera con exactitud presiento que no van a acudir en mi auxilio.

Las llamo con voz sedosa. Nada. Les grito colores rojos. No responden. Siguen calladas, remisas. Las necesito, isí que las necesito! Sin ellas no soy más que una vasija en cuyo vientre vaga un montón de palabras que aun no han nacido.

Delante mío la hoja en blanco me interpela desde hace rato. La miro y le respondo con un gesto de impotencia. Su blancor me abruma. Lo escucho cada vez con más fuerza. Me conmueven sus gimoteos:

Escríbeme. Cubre con letras mi fría superficie. Caliéntame el alma con tu trazo.

No puedo hacerlo. Estoy entumecido. Huelo a fracaso nuevamente. Como siempre. ¿Hasta cuándo? Veo con más claridad la resonancia de la nada grabada en mi mente y en el papel. Ninguna palabra ha salido de su escondrijo. Nada es, y sin embargo es algo porque la nada es algo que al mismo tiempo es nada.

ROMA

Crepúsculo

por María Marta Ochoa

Brochette de pollo con ensalada y lomo con espinacas a la crema. Lo pidió antes de que él llegue y se siente frente a ella. Por suerte había encontrado una mesa en el fondo, al lado de una ventana y entonces ahora, mientras esperan que venga el pedido, ella tiene la oportunidad de mirar unas plantas que no le interesan, pero que le dan tiempo para pensar qué decir, o más bien, cómo decirle. No aparta los ojos de esas macetas. Si él la estuviera mirando vería una imagen como las pinturas de los egipcios: el cuerpo de frente y la cabeza de perfil. Ella podría permanecer apuntando hacia la derecha, como si le hubiese agarrado un "aire" que le provocó una tortícolis sin cura.

Si las miradas no se cruzan el silencio no acorrala. Ahora gira la cabeza en forma completa hacia la izquierda, porque ya viene el mozo con la brochette y el pollo. Es lo que comían siempre en ese restorán. Lo que pidieron la última vez. Esas tres palabras retumban contundentes: la última vez. Aunque no las dijo, solo las tiene en su cabeza. Las manos del mozo acomodan las copas para hacer lugar, bajan las fuentes de la bandeja, sirven la bebida, flamean entre ella y él. Ella acercaría una silla para que el mozo se siente, les cuente la historia del restorán y ¿por qué no?, también su vida. Le pagaría unas copas y que él hable sin parar hasta que se haga la hora de irse. Una persona entre ellos ayudaría. Pero el mozo se fue y ahora están los dos sin nadie que los salve.

Frente a frente. Mesa de por medio. Y ella todavía sin haber hallado las palabras. Pincha un trozo de pollo con ají y se lo lleva a la boca sin levantar la vista del plato.

Estira la servilleta que está sobre su falda. Se mira los pies. Podría quedarse en esa posición por años. Imagina que su pelo cae hasta el piso, habría crecido como el de Howard Hughes. Sus uñas también crecieron, incluso las de sus pies, cortan el cuero de las botas, atraviesan el mo-

saico y llegan al sótano; siguen hasta el centro del mundo. Y ella todavía no encuentra las palabras, no quiere decir lo que tiene que decir. Se anima a mirarlo, porque ahora es él quien gira hacia las macetas mientras sostiene el tenedor con un trozo de carne y espinaca. Le pediría que la convide y ese podría ser un pretexto para una conversación, pero una palabra lleva a la otra. Todos los caminos conducen a Roma. Ella aparta su vista de la fuente justo cuando él gira la cabeza. Las miradas se cruzan y el silencio vuelve a acorralar. De inmediato ella baja la vista, fija sus ojos en la brochette. Ensayo en su mente frases de comienzo, formas de cortar el hielo y no las encuentra. Pincha otro trozo de pollo con ají y cebolla y se lo lleva a la boca. Por qué la gente se reúne a hablar de aquello que no quiere. Mira el plato. No es redondo, es cuadrado. Ese podría ser un comentario de inicio. Pero todos los caminos conducen a Roma. Sigue sin levantar la vista, ahora mira el mantel, es grueso y rugoso. Por un momento se distrae recorriendo con sus ojos y enumerando los objetos que hay sobre el lino blanco: dos fuentes de metal y dos de loza, cuatro copas, una botella de agua con gas y una de vino. Falta el corcho. Seguramente el mozo se lo llevó porque arregló con el corredor de la bodega; se lo habían dicho en un curso de somelier. El corredor le da unos pesos por corcho, y el mozo hace lo posible por vender ese vino y no otro. Tal vez el encargado del restorán lo sabe, y se calla, piensa ahora. ¿Cuánto tiempo más puede permanecer callada? Sin alzar la mirada alcanza a ver las manos de él. Con los dedos aprieta el mantel, lo pellizca, como si estuviera por hacer el truco de tirar y dejar la mesa al desnudo, sin que nada tambalee. Apoya el tenedor sobre el plato, en forma trasversal. Él también lleva demasiado rato sin dirigirle la palabra. Ella levanta la vista de la mesa. Él se está limpiando la boca con la servilleta. La pone a un costado del plato. Las miradas se cruzan.



El oro de Azur | Joan Miró

ESAS DOS PALABRAS QUE NUNCA DIJE

Crepúsculo

por Pablo Olindo Díaz

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Los relojes atra-san. Se empeñan en marcar tiempos que dejan de pertenecernos desde el momento que lo atraviesan con sus agujas. Desde atrás, ese tiempo nos mira inerte mostrándonos con perversión todo aquello que no pudo ser.

Busco refugio mientras intento no pensarla. Un techo, bebidas blancas y noches negras, una mujer, otras.

Todas se desnudan al absurdo del olvido. Siempre fue la única pero ella, nunca lo supo. Enumero caricias, eyaculaciones, gloriosas pulsiones sin reclamos ni emboscadas. Procuero que la carne se aferre a un recuerdo pero la flacidez de mi sexo aborta todo intento. Desierto, como un paraje sin dueños donde muchos pasan y nadie queda. Mi corazón es un cuarto hermético, oscuro, estéril.

Ayer, me embriagué con lo efímero, deseándolo eterno y preferí las mentiras en susurros a las verdades que gritaban los espejos desde adentro. Camine por el costado de las cosas, demasiado tiempo y después de tanto andar, procuré volver a mi escondite, a mi abrigo, a mi mundo entre tus muslos.

Pero nunca se vuelve al punto de partida. Tarde entendí que, la vida no conserva intactas nuestras fotos preferidas. Perdí mucho, quizás demasiado.

Todo. Y cuando partiste, no hubo adioses, solo flores sin vida, tu ropa en el placard y la tiranía de lo irremediable.

Sólo necesitaba de esas dos palabras que nunca dije. Esos dos eslabones que ayer pensé que ataban y hoy sé, que solo unen. Nada dura lo suficiente, los fugaces estadios de libertad, viven presos de sus convicciones y lo único sólido, es la certeza de no poder olvidarla.

Cansado, frágil. Decidí volver al hotel de playa donde todo empezó para que todo termine pero... ¿Dónde empiezan los finales? La pieza es grande y las paredes preguntan. Evado ese abismo y camino rumbo al puerto pero no consigo alejarme. Después de todo...

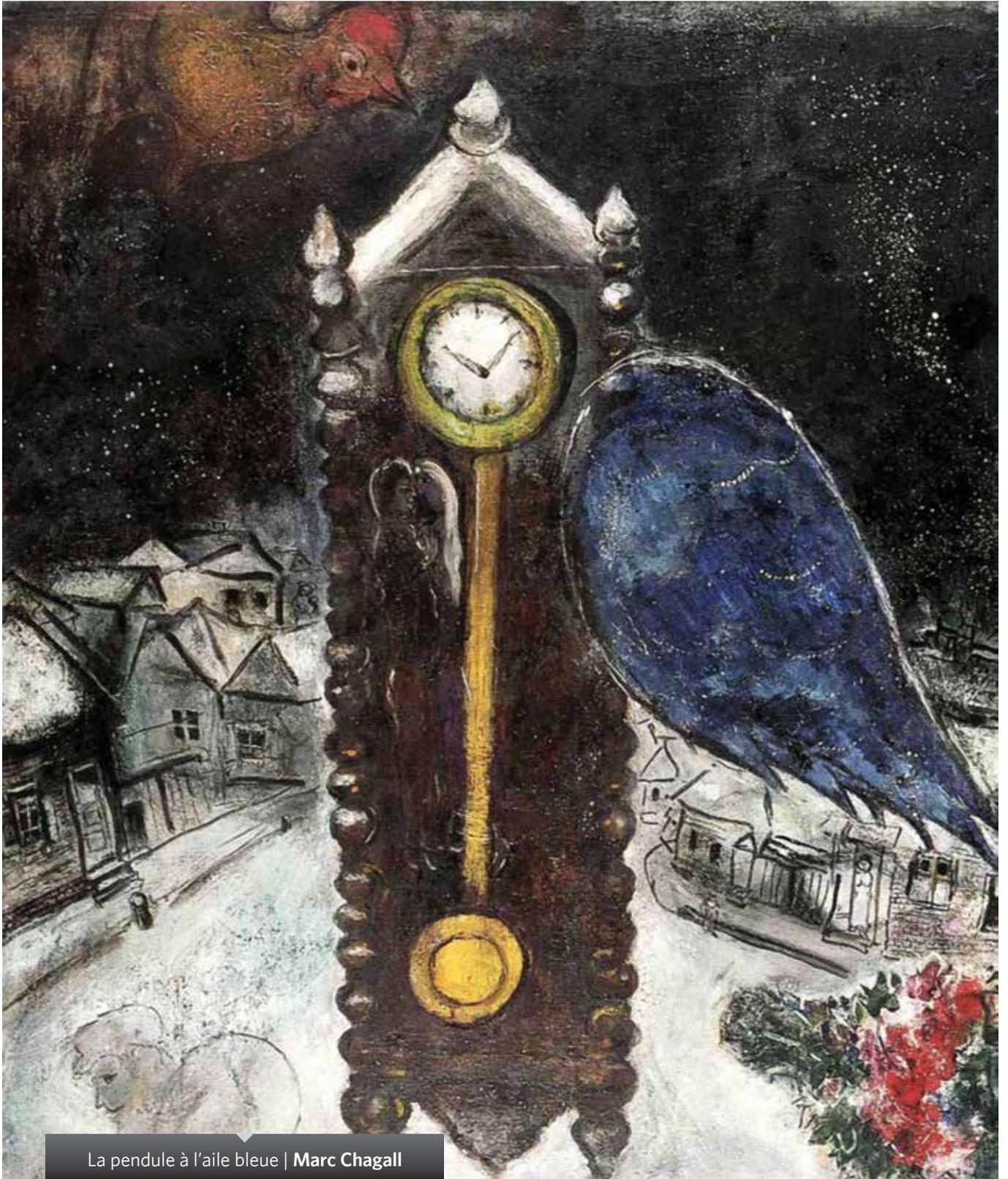
¿Dónde escapar si soy yo quien no puede encontrarse?

Una servidora sale al cruce y se ofrece. Y aunque su boca promete paraísos húmedos, negocio mi desaire con el último cigarro que habita en el paquete.

Aturcido, inhalo la bruma asmática que transpira la noche en su lenta retirada.

Me detengo en el vértice de la escollera y una brisa helada trepana mi cuerpo. En la orilla, tu rostro se proyecta sobre las aguas y sonrío al verme. Siento mil cuchillos jugando en mis entrañas y un brutal vacío que se sienta a esperar, entre tanto desorden.

Mientras el amanecer trae la carga de otro día, en el borde hay silencios que se escuchan. El pescado del balde ya no salta, tampoco el miedo por las grietas de mi cuerpo. Quiero llorar pero no puedo, mis pupilas ya hicieron horas extras. Una vida me separa de tus besos y un paso del mar que abajo espera.



La pendule à l'aile bleue | Marc Chagall

KAPA

Crepúsculo

por Arturo Gutiérrez Luna

Todo migrante forzado acarrea su patria
hundida en el desierto de su bolsillo.

Teódulo Legaspy

Comencé a preocuparme por quien llamaré Kapa, pues ignoro su nombre, aquel día en que sentí en el rostro la cubetada de agua salada quemándome las llagas. Tosí. Tragué. El sol invadía cuerpo adentro mientras miré otra vez las nubes negras y rojas en la puesta de sol. Tosí. Nubes altivas, poderosas, de tormenta y olas que nos perseguían hacía días. Tragué. Parecía que viajaban hacia nuestra embarcación desafortunada, furiosamente. Allá la tormenta urdía imbatible su tronar furioso.

No me había percatado de que lentamente removían la lona que cubría el barco salvavidas donde me había escondido. Una gruesa gota de sudor perló mi barba de días, luego otra. Me habían descubierto. Por suerte, a Kapa no lo habían visto todavía.

Que te encuentren es la suerte del polizón. Luego del cansancio, llega un momento en el que te resignas a lo que venga. El hambre te mata lentamente o te asesinan los dolores a su alrededor. Estaba harto de hurgar en los pasillos durante las noches para hallar algún alimento.

Me encontraba deshidratado por falta de agua. Cuando comencé a sangrar de los labios y dormir durante todo el día, supe que necesitaba ayuda urgentemente.

Sospeché que por lo menos ahora comería en forma. Por lo menos, Kapa tendría comida durante los siguientes días. Me sentía débil; ¿qué podía intentar? Permanecer en el mar me basta.

Sólo me preocupaba una cosa; Kapa, aquel niño de cinco años desde que lo encontré al esconderme en la lancha, hacía unos días. Me miraba, desde el fondo me miraba. Abrió los ojos con pavor. El matorral de su pelo podía adivinarse. Sus pequeñas manos oscuras se sujetaban de la tabla. Me espiaba desde el fondo de la lancha. Sus ojos negros mostraron aquel brillo acuoso que precede al llanto. Su respira-

ción se entrecortó; en secreto comenzó a regurgitar algunos sollozos. Como si comprendiera la crisis del momento, se escurrió sigilosamente hasta el sótano de la embarcación. En sus manitas llevaba un lápiz y una libreta. Allá abajo lo perdí de vista. ¿Kapa?

Desmayo...

Sentí otra vez la sacudida de agua de mar sobre mi rostro. La sensación de quemazón sobre las llagas en la piel era intensa. La tenue lluvia me consolaba en aquellos momentos. En esas estábamos cuando escuchamos que llegaba un grito eléctrico desde arriba.

Era el capitán dejándose oír. Levantamos los ojos para descubrirlo; el altivo personaje observaba en silencio desde el puente de mando e hizo una señal para que me llevaran a su presencia. Llevaba puesto el uniforme del jornal. Alcancé a ver sus palabras en las señas:

- Avísale a Jalil que venga; él se entenderá con este polizón.

En medio de la lluvia me interrogó el personaje de pelo hirsuto y ojos profundos.

- El capitán quiere saber su nombre. ¿Entiende? ¿Cómo se llama usted?, oí en mi idioma.

- Samir -dije en un balbuceo.

Mi mente estaba en otra parte. ¿Y Kapa? Pensé...

Desmayo.

Allá, hundido en el silencio, atisbando en la penumbra, Kapa permaneció muy atento por un rato. Se abrazó a sí mismo. Apretó fuerte. Sus ojos negros relumbraron impotencia. Los dedos tamborileaban su nerviosismo sobre la manta de la que no se separaba. Empujó el labio inferior, intento acallar su sollozo, sin conseguirlo. Unas lágrimas se desprendieron desde la tristeza. Decidió recostarse detrás de unas cajas. Apretó los ojos y durmió.

Al despertar, Kapa descubrió que se habían ido.

Removió la manta que llevaba consigo. Irguió la cabeza detrás de la caja. Atisbó en ambas direcciones. Sollozó. Tragó una bocanada de aire. Extrajo de sus bolsillos fruta más que madura, un mendrugo de pan, lo único que conservaba de la última pesquisa que le compartí. Luego apuntó letras y dibujó figuras temibles en su cuaderno. Ante mi insistencia, me contó que su labor sobre el cuaderno consistía en anotar palabras que le permitieran después reconstruir la historia que estaba imaginando.

Los marineros relumbraban de organizados, de manera que sucedió lo de siempre; alimentarían al polizón a condición de que trabajara mientras que arribaban al puerto. Eso fue lo que me sucedió. Me fortalecí. Comí tres veces al día. Lavé tablas de la cocina, ollas, platos, durante días. Pero desde aquella primera noche en la cocina seguí robando. Era necesario alcanzarle la fruta a Kapa. Así lo hice hasta que la tormenta impidió consumir mis planes.

Tenía que esperar a que se calmaran las olas pues podría saltar por la borda en cualquier empinada de la proa. Tuve que aventurarme en medio de la tormenta.

Lo hice con el mayor sigilo. Llevaba algo de fruta a la lancha donde Kapa se había escondido. Varias veces me resbalé, antes de llegar.

Sus bracitos se extendían cada vez con menos urgencia. Tomaba la fruta y la devoraba con fruición. Balbucía algo en su idioma sin que yo lo comprendiera. Pero entendía que sus ojos me agradecían siempre. Te juro que vi sus ojos sonreirme. Como pude, le expliqué que lo llevaría conmigo la noche siguiente. Él seguía escribiendo en su libreta sus historias. La provisión se había normalizado, hasta que vino lo inevitable.

Era el día en que lo iban a descubrir; en el fondo de una caja de frutas vacía desde donde los espiaba Kapa, el niño que no sé cómo había llegado hasta ese lugar y a quien por más que le insistí no pudo explicarme su destino. Iremos a trabajar- intentó explicar. Durante el crepúsculo, las olas rojizas se desbordaban en el horizonte.



Entonces sucedió.

Saltó desde su escondite, para que no lo atraparan. Se escurrió como ola huidiza entre las manos húmedas intentando atraparlo. Se perdió a estribor. Atravesó a babor. Siempre se comportó como un migrante cualquiera. No sé de qué país venía. Acaso de aquel, más al oriente. Hablaba un idioma desconocido. Lo perseguí hasta encontrarme a unos pasos de él. A señas, le recomendaba que no hiciera ruido, que se tranquilizara lo más posible. ¡Kapa, espera! En sus esfuerzos, se desprendió de sus manos la libreta. La tomé e intenté alcanzarlo sin éxito. La conservo desde aquel día.

Ya los barcos y navíos de todo tamaño apuraban las labores para resguardarse de la tormenta inminente.

Todos se dirigían al muelle que se veía en la ribera. La lluvia no impidió que descubrieran a Kapa.

Entre voceríos que intentaban ordenar el caos de las olas rojas sobre la cubierta, vi que la silueta sinuosa del niño se lanzaba al mar. Nadaba atragantado y despavorido. La lluvia pertinaz lo devoraba a ratos.

Advertí que flotaba y, a su manera, se alejaba del barco en que habíamos viajado de polizontes. Me pareció ver que, como pudo, se subió a una pequeña barcaza ocupada por una masa informe de refugiados, la cual perdimos mientras bregaba con las olas en el horizonte.

Ignoro si no se trataba de una ilusión producto de mi buena voluntad.

Me quedé pensando que Kapa quería retratar su mundo en aquel cuaderno rústico elaborado de hojas de papel dobladas y alineadas por él mismo. Un diminuto lápiz con borrador completaba sus herramientas de trabajo. El lápiz lo encontré escondido bajo una faja con la que solía ceñir su cintura. En la primera página y a modo de portada surgía un dibujo imperfecto con una línea interminable que representaba un tigre. De lejos el texto parecía una mancha perenne. Las páginas subsiguientes aparecían escritas con minuciosas hormigas y sin dejar margen blanco alrededor.

Aprendí a amar a Kapa por la magia de las noches iluminadas con sus cuentos hechos de luciérnagas y de sueños. Lo veía extender ceremonioso sobre sus rodillas el cuadernillo improvisado escrito con su propia letra. Alisaba su superficie. Siempre hacía un gesto de solemnidad cuando iba a contarle. Fruncía el ceño.

Aspiraba lentamente. Levantaba las manos parsimoniosamente, las unía en lo alto y las bajaba frente a su cara para descubrir así unos ojos adivinando secretos. Silenciosamente, recorría nuestros rostros atentos y, luego, rompía el silencio con su magia, tal como le había enseñado su abuelo.

Cada noche, antes de dormir, Kapa decía que era la hora y me narraba con emoción historias que antes había contado a Narim, su hermano de 4 años. Era un gran mimo. Se lanzaba al vacío del silencio para poblarlo con las palabras de un idioma ignorado para mí. No podía explicarle que no entendía su idioma. Para mí era como oír una melodía entrañable, lejana y profunda.

Resultaba extraño mirar sus gestos en silencio. No obstante, las onomatopeyas compensaban cabalmente su historia.

Hablaba acerca de un sol miedoso. Algo decía acerca de que el sol amaneció con miedo. Que descubrió que las sombras del mal lo perseguían. Que lo acechaban durante las noches. Se la pasaba vigilando durante las sombras. Eso le dejó al sol unas ojeras. Entonces el sol buscó ayuda con la luna. La luna asintió. Ella llamó a las estrellas. Les pidió compartir algo de su fuerza. Santo remedio. Desde entonces, el sol, la luna y las estrellas fulguran en el horizonte para quitar los miedos. Narim se le echó a los brazos a Kapa. Se abrazaron, sonrientes, tranquilos. Yo, admiré su historia.

Un día, hablé solemne de las serpientes eternas.

¿Serpientes eternas? -le interpele. La vida es una serpiente -decía. Presenta los dos lados que todos vivimos; por un lado, la cabeza voraz consumiendo el presente y, del otro, el deseo. Avanzan ambos sin alcanzar su fin. Se persiguen incansables.



Niño espulgándose | Esteban Murillo

Se mueven sin acabar de llegar. En uno de sus extremos hay una cáscara de recuerdos desprendiéndose y en el otro, tu sueño. Narim se recostó sobre Kapa y durmió con los recuerdos y el sueño tranquilos.

Otra vez, más o menos a la misma hora, Kapa dijo que contaría su relato, mientras enredó al tiempo las palabras del idioma ignorado por mí. Apretó la manta sobre su pecho solemnemente. Nosotros debíamos guardar silencio. En su lenguaje de señas adiviné que hablaba del rugir de un tigre temible que los había salvado a él y Narim del escarnio de las hienas. Eran las nubes de sombra sobre los sueños. Las hienas y los zopilotes esperaban la hora de la muerte porque ellos permanecían enfermos. Una fiebre de días los tenía al borde de la muerte. Los medicamentos escaseaban.

Ellos no habían accedido a tales medicamentos. Vivían solos. Su abuelo había fallecido hacía algunos días.

Enfrentaban a la enfermedad sin ayuda. Los negros ojos atisbaban en medio de la noche. De manera que Kapa encendió una antorcha improvisada que los defendió hasta que comenzó a extinguirse. Entonces se relamieron los bigotes. La saliva les escurría del hocico.

Kapa y Narim huyeron yendo hacia atrás hasta llegar a la roca. Eso aconteció mientras Kapa bajaba la antorcha, la sombra suya convertida en monstruo trepaba sigilosamente por aquella piedra. Era un tigre absoluto que comenzó a señorear para asustar a las hienas y a los zopilotes. Narim comprendió así que su hermano lo defendería, como un tigre, si fuera necesario.

El golpe de las olas rebotó en mi cuerpo. Alcancé a ver que, encalladas en tierra, algunas embarcaciones eran aseguradas porque amenazaba tormenta. A lo largo del muelle eran sujetadas lo mejor posible. Las llantas laterales para cubrirlas de impactos, los nudos de seguridad para poder soportar el maltrato de las olas.

De lejos, me percaté de la muchedumbre silenciosa que parecía rezar en la playa.

Arribamos en ese muelle horas después de luchar contra la tormenta, que en situación normal tardaríamos solamente minutos en lograrlo.

Cabizbajos unos, meditabundos los otros. Con la mirada perdida aquellos y decididamente consternados los de más acá. Allá lejos había un tumulto. Decenas de gente se arremolinaban en torno a unas rocas. Decenas de muertos habían sido aventados por las olas destruyendo a los migrantes.

Los periodistas atestiguaban la tragedia en enlace remoto. La prensa filmaba aquel panorama de cuerpos desperdigados en la playa.

El presentador decía al público:

- “Durante la mañana de hoy, varios niños habían sido hallados por un pescador, quien avisó a las autoridades. Se trata de numerosos cuerpos de migrantes sirios ahogados que intentaban alcanzar un país que les permitiera rehacer su vida, según nos cuenta el superviviente Amilcar, quien perdió a su esposa y dos hijos.

“El sobreviviente sirio, con el llanto en la garganta, nos contó que estaban todos ahogados, echados por las olas en la playa.

Los vecinos de la comunidad continúan acercándose conmovidos.”

A Kapa, lo encontramos sobre la arena en posición fetal. Se mecía tenuemente en un vaivén parsimonioso e inextinguible. Lo vi a lo lejos.

Bajamos del barco corriendo, cansados por la lucha contra la tormenta.

Un médico permanecía parado a unos pasos de él con los brazos resignados. Reconocí sus ropas. Blusón rojo.

Short azul. Zapatos deportivos. Su cabeza y sus piernas se hundían ligeramente con cada golpe de las olas.

Lo conozco; -sollocé- se llama Kapa,... era mi amigo. Me incliné hacia él y levanté en mis brazos el cuerpo inerte.

¿Lo conoce usted? Cuéntenos ¿dónde conoció al chico? Él escribía -musité sin ganas. No puedo hablar. Los periodistas que hormigueaban alrededor se acercaron.

-Respeten-. Extendieron su micrófono. -No quiero hablar ahora. Respeten.

En mi mano llevaba todavía el cuaderno rústico con sus maravillosas historias.

EL PODER DE LA PALABRA

Crepúsculo

Por Eduardo Roberto Kerschen



Hans Tietze y Erica Tietze-Conrat | Oskar Kokoschka

El escritor y el orador apreciaban la palabra y su poder. Uno abogaba por la palabra escrita, el otro intercedía por la palabra hablada.

Cierta día, los dos literatos se trenzaron en una amable discusión en defensa de su propio arte de dar forma a las ideas por medio de la palabra.

Fue una payada de contrapuntos digna de ver y oír. Se propuso un tercer polígrafo para officiar de mediador.

Fue electo un poeta porque los poetas son líricos, son románticos, son etéreos. Y porque están en mitad de camino entre el escritor y el orador ya que recitan lo que escriben o redactan lo que versean.

Al comenzar, el orador solicitó –y obtuvo de su contrincante y del mediador – el derecho a dar inicio en razón, argumentó, de que la palabra oral fue anterior a la escrita. Y se explayó alegando que el Universo surgió a partir de la Palabra de Dios. Recordó que el demiurgo dijo: “Hágase la luz” y que la luz se hizo. Con Su Palabra, Él separó la luz de las tinieblas, de manera que después de la Nada y antes de Todo, fue la Palabra hablada.

Agregó el orador que la Palabra con poder es el Verbo. Con el Verbo, el Hacedor realizó, dio existencia, originó. El Verbo con poder se manifestó cuando Dios transfirió su potestad a Moisés, diciéndole: “Extiende tu mano sobre las aguas”. Moisés así lo hizo y el mar Bermejo se abrió para que pasaran los judíos. En prosecución de su razonamiento, hizo mención a que Jesús resucitó a Lázaro con el dominio de sus palabras. “Levántate y anda”. Y que Lázaro se levantó y volvió a la vida.

También comentó que las palabras pueden recuperar o evitar un mal, para lo cual dijo que cuando estaban por lapidar a una mujer adúltera, Jesús persuadió a los enardecidos con las palabras: “Quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra”. Al usar las palabras adecuadas, simplemente las manos se abrieron dejando caer las piedras. No hubo milagro alguno: el poder de esas palabras fueron suficientes.

Con cierta argucia, trajo a colación aquel cuento que dice que Alí Babá exclamó las potentes palabras “Sésamo, ábrete” y que las rocas se abrieron. En abono a sus dichos, el orador apeló a que cuando Dios

creó al hombre, le dio el poder de la palabra sobre todos los otros seres de la Creación. Ese poder hace que el hombre pueda hablarle a esos otros seres no parlantes y ser por ellos escuchado, comprendido, obedecido.

Siguió diciendo que con las palabras se forman oraciones. El hombre se place con palabras que conforman la oración. La oración es el conjunto de palabras con que los hombres se comunican entre sí.

Con una Oración, los hombres llegan a la Morada de Dios. "Tal es el poder de la palabra hablada", concluyó.

Llegado el turno del escritor, éste disintió con la razón argumentada por el orador de que la palabra oral es anterior a la palabra escrita. Sostuvo que es posible que la escritura haya sido anterior a la palabra hablada. Con una buena tesis, demostró que antes que el hombre prehistórico hubiera aprendido a hacerse entender por medio oral, ya había dejado impreso su paso por este mundo por medio de pictogramas rupestres, ideogramas, representaciones hieráticas, de hace unos 20.000 años, todo lo cual configura una palabra escrita.

Elemental, sí, pero escritura al fin. Le hizo notar al orador que, en su parecer, había abusado de referencias bíblicas. Luego, en vez de alegar en su propio favor, le recordó al orador que sobradas e ignoradas razones habrá tenido el Altísimo para embarullar las palabras de aquellos hombres que construían una torre en Babilonia, impidiendo sus intenciones que eran las de llegarse hasta el Cielo, pretendiendo alcanzar las alturas para conversar, mano a mano, con Él. Dijo que los hombres dejaron de entenderse entre ellos, a pesar que se expresaban en un único idioma y que después de aquel aquelarre lingüístico, los hombres no consiguieron comunicarse oralmente, los unos con los otros. Por otro lado, -se extendió el escritor- ¿Cómo transmitió Dios las Palabras que profirió para Su Creación si todavía no existía la palabra escrita y aún no había nacido el primer hombre para que Él se lo contara? ¿O me vas a decir que las dio a conocer en la Biblia?

-¡Esto es una herejía! -bramó exaltado el orador.

-¡Aquéllas son metáforas! -replicó no menos exaltado el escritor.

El mediador calmó los ánimos, recurriendo a su arte, recitando:

Haya entendimiento entre estos hombres de buena voluntad, que si entre ustedes hay razonabilidad, yo admitiré, de sus dichos, la victoria o la igualdad.

El orador acusó el impacto que le produjo la re-

ferencia del escritor; no obstante, volvió al ataque con una ponencia que apelaba a los sentimientos, al decir que con palabras de ternura hablamos a nuestras madres, a nuestros hijos, con intensidad filial y maternal. Que con un increíble poder, la madre habla al hijo por nacer y el hijo escucha y comprende esas palabras desde el vientre materno. Además, dijo que con palabras humillantes, zaherimos a nuestros adversarios y que con palabras luctuosas despedimos el alma de aquellos que nunca más volveremos a ver.

Abundó en mayores detalles al opinar que el hombre es el dueño de la palabra hablada, pero también con esa posesión, es su esclavo porque con la palabra se puede construir o destruir, unir o desunir, alentar o disuadir, herir o sanar. Al tener el poder de la palabra oral, el hombre dio origen al lenguaje. El lenguaje, libre de límites, expresa un concepto, un pensamiento, un ruego, una promesa. Un sinfín de ideas. Y que de ahí en más, la humanidad se expandió por los cuatro vientos, todos y cada uno con sus idiomas, sus dialectos, sus jergas. En cada región se adoptaron modismos y expresiones vernáculos que difieren en sus significados, de un lugar a otro. Las palabras de un pueblo hijo de una madre patria allende los mares o de hermanos separados por las montañas, o de familias distanciados por ríos venturosos, difieren y ahondan sus diferencias idiomáticas, potenciadas por las lejanías y por el transcurrir del tiempo. Que son palabras constreñidas por fronteras geográficas, pero no ideológicas.

Finalizando, dijo que es así como grandes imperios, desde el inicio de sus poderíos hasta sus declinaciones, han introducido sus idiomas dentro de las fronteras conquistadas. Y, fatigado, suspendió su perorata para dar lugar a que dijera lo suyo el escritor.

Arremetió el escritor recurriendo a lo ya zanjado diciendo que Babel es la quintaesencia de la incompreensión de las expresiones lingüísticas entre la gente, debido a una decisión celestial, no humana.

Siguió comentando que no faltaba razón a aquellos que intuyeron que para una conquista plena de otros pueblos, era necesario conocer sus idiomas, aun sus dialectos, para mayor comprensión de la idiosincrasia de los pueblos conquistados. No obstante, la tarea de evangelización no requería -para muchos catequizadores- el conocimiento de la lengua local, ni para los legos conocer el idioma con que se oficiaban las misas. Hizo referencia a que cuando el filólogo Antonio de Lebrija le obsequió su gramática del idioma español a la reina Isabel La Católica, ella le dijo: "¿Para qué quiero yo este libro si ya

sé hablar el español?” Lebrija le contestó: “Señora, siempre la palabra escrita ha sido compañera del imperio”. Alentado por lo que le pareció un atisbo de victoria sobre su contrincante, el escritor narró que la palabra escrita se inició en la Mesopotamia con, posiblemente, la escritura cuneiforme cosa que se remonta a unos 3.500 años, cuando los escribas del Cercano Oriente redactaban en sus tablillas, toda clase de contratos, de manifestaciones, de nacimientos, de divorcios, cartas o cualquier otra intención de quienes pretendían dejar por escrito lo pactado. Este es el origen de los escribanos actuales o notarios, de aquellos que terminan sus escritos con la conocida frase que da garantías: “Ante mí, doy fe”

El orador no quiso perder la partida. Trajo a la rastro un resto de su bagaje, diciendo que la ausencia de palabras es un silencio que constituye una forma de violencia no verbal, porque la omisión de palabras, lo no dicho, puede ser más dañino que la palabra besstial que en el momento menos pensado, liberamos o nos enrostran.

Tal es el poder de la palabra silente, tanto como la palabra emitida. Y volvió a ampararse en los relatos eclesiásticos recordando que Jesús encomendó a sus discípulos una misión: la de propalar Sus Palabras con la Buena Nueva. Desde el punto de vista ecuménico y dado su carácter de catecúmenos, bien se los puede considerar como apóstoles pregoneros de Su Palabra Hablada.

El escritor apeló a sus últimos argumentos atacando a la palabra hablada diciendo que tiene -o mejor dicho “tenía”- el poder de sellar un pacto, de prometer algo, de comprometer una voluntad, vale decir, de asegurar cumplir por el honor personal, la palabra empeñada.

Estrechar manos y juramentar por medio de la palabra, “era” dar poder de asentimiento a lo convenido. Pero, - agregó- tengo que acudir al tiempo pasado en virtud de que, lamentablemente, hoy día se jura en vano y se falta a la palabra dada. Las palabras habladas se las lleva el viento.

El orador no se dejó amilanar, diciendo:

-No coincido con tu criterio, amigo escritor. Recuerda que el sacerdote en el púlpito, el legislador en su banca, el maestro ante sus alumnos, el político en su palco, el gremialista en la barricada, son ejemplos palpables de dueños de la palabra hablada y del poder que de ella emana. Sin embargo, realizar hechos sin previamente haber pronunciado palabras, pueden carecer de sustento fáctico. “Res, non verba” “Hechos, no palabras” sentencia la locución latina y yo me adscribo a ella. Porque las palabras, tanto sean habladas como escritas, si no producen hechos, son improductivas.

Ante esta posición del orador, el escritor sintió una corriente de acercamiento entre los dos.

Contemplativo, a su vez reformó la locución diciendo:

“Verba, non res” Con lo cual quiso expresar que primero están las palabras, sean escritas o habladas, luego los hechos consecuentes.

El mediador creyó oportuno dar por concluido el debate, otorgando un merecido empate entre ambos amigos, el orador y el escritor. Pero, para no ser menos, quiso hacer con lo suyo, un apropiado colofón; y así dijo que:

Abraza cada cual a su contendiente porque de ambos es la razón, ya sea la palabra escrita, oral o silente, su poder emana del corazón.

La torre de Babel | Marten Van Valckenborch



EL SEÑOR PRECISO

Crepúsculo

por Mariana Delponte

Catapulta es un pueblo plagado de historias.

Como en toda comunidad basada en los prejuicios y los chismorreos, allí las narraciones pasan por el boca a boca, mezclando a personas reales con características y hechos ficticios y a vecinos anónimos con hechos terribles acontecidos.

Algo pintoresco cubre tales historias. Sus personajes, que generalmente ya no viven allí porque han fallecido o migrado a otro lugar (preferentemente más poblado y con habitantes menos entrometidos), terminan cubiertos por un aire célebre y hasta legendario, del cual muchas veces ellos mismos no son conscientes. Porque eso sí, Catapulta es un pueblo prejuicioso y chismoso, pero discreto.

Entre las historias de los que ya no viven, destaca la del llamado Señor Preciso. Era un relojero, y creía que tal apodo le había sido concedido por su oficio, pero en realidad provenía de una historia relacionada con su aparente antipatía y las razones de tal rasgo.

Se trataba de un hombre de pocas palabras. Se limitaba a decir “buenos días” a sus clientes, escucharlos, decirles qué arreglo necesitaban sus relojes, darles un presupuesto y despedirlos con otro “buenos días”. Los clientes más charlatanes no entendían tal comportamiento, por qué tan poca conversación, por qué no decía algo más, y algunos empezaron a barajar hipótesis cuya veracidad nunca sería corroborada y a hacerlas circular. De esta forma, se creó una historia que fue incorporando modificaciones y matices que originaron una serie de versiones.

A Adolfo Mollet le contó la historia un panadero que se jactaba tácitamente de su incesante parloteo con todo aquel que cruzara el umbral de la puerta de su negocio.

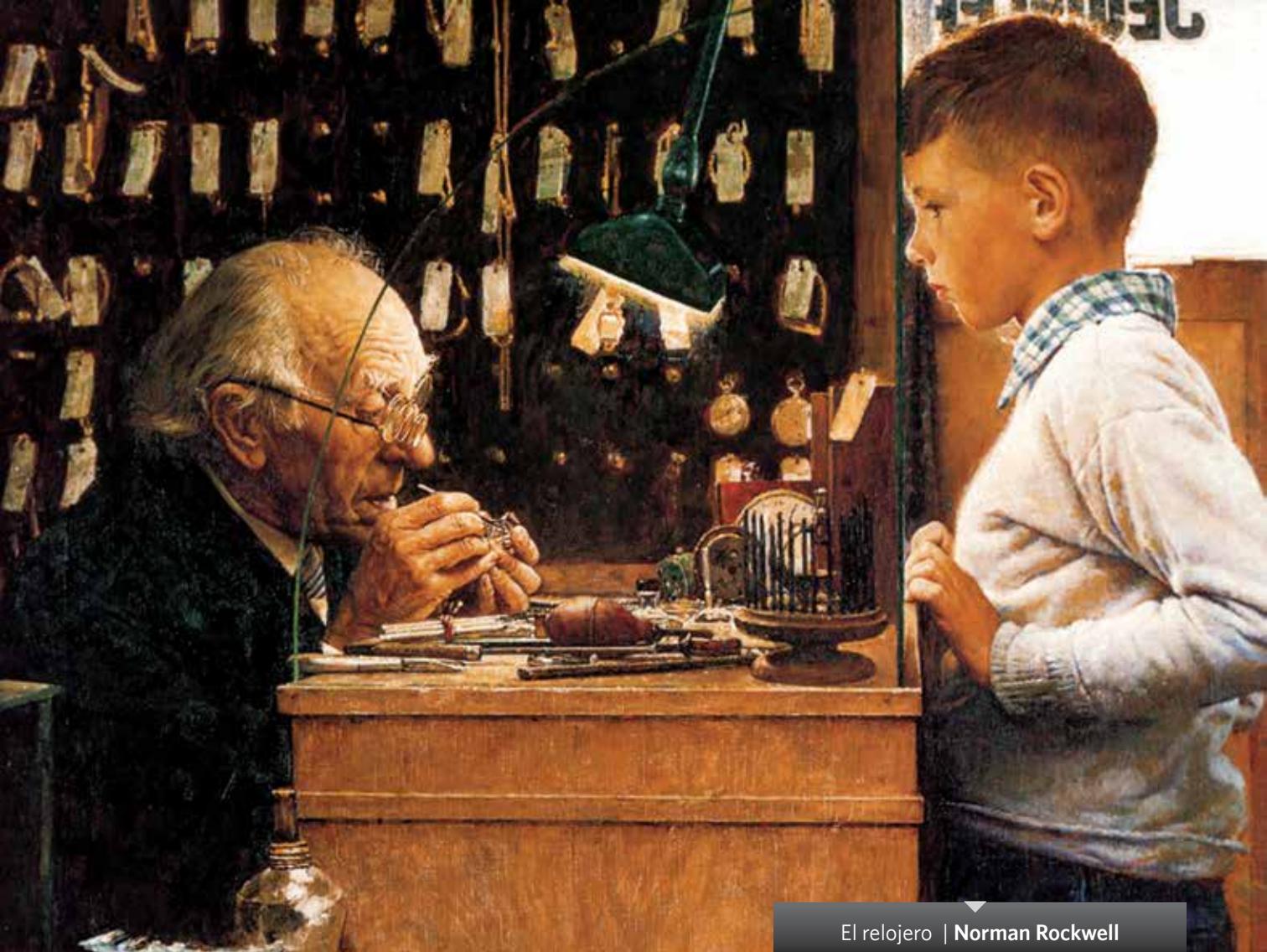
La versión que este comunicaba era la siguiente: Resulta que el Señor Preciso, cuyo nombre real era Gaspar Armelio, era un aficionado de la precisión. Esa obsesión poco común, cuyo detonante nadie se atrevería a afirmar cuál fue, lo llevaba a buscar la perfección en el acto comunicativo del hablar. En un comienzo tal obsesión se manifestaba en un simple detallismo en las cuestiones que modificaban al hecho, persona o situación que estaba describiendo. Por ejemplo, si narraba un accidente ocurrido en la vía pública, explicaba dónde había sido, quiénes esta-

ban allí, la causa, el día y el horario, y añadía detalles que él consideraba muy relevantes porque creía que ayudaban a comprender la situación. Por supuesto, siempre eran elementos completamente verdaderos.

Con el tiempo esta actitud fue volviéndose cada vez más frecuente y perfeccionada. Así se refería a toda información adicional que pudiera añadir. Siguiendo con el accidente como ejemplo, a la explicación del mismo le añadía datos como nombres de los involucrados y sus familiares, razones por las que circulaban por la vía pública, lo cual incluía los lugares de trabajo o vivienda de los mismos, cuestiones relacionadas con las características de las calles y el asfalto, situaciones anteriores similares y todo otro detalle del cual estuviese completamente convencido de su veracidad en el caso. Tal comportamiento era cada vez más pesado, “por la carga de información, no por su carácter, no me malinterprete, yo lo respetaba muchísimo al Señor Preciso” decía el panadero en el medio de su exposición, que ya iba por los 5 minutos, 16 segundos.

Efectivamente, el relojero aplicaba tal descriptivismo a todo lo que decía. Una mínima referencia a un hecho cualquiera le tomaba como mínimo treinta minutos de explicación. “Figúrese esa situación para cada cliente que entraba”. Y eso, objetivamente, cansa a cualquiera.

El hombre generaba mucho respeto y se decía que era de mal temperamento, por eso nadie se atrevía a detenerlo en medio de sus desarrollos. Esto contribuyó a que el Preciso continuara con la cotidiana presentación de sus informes, convencido de la calidad de los mismos. Pero esa actitud era un vicio que se alimentaba a sí mismo, y con el pasar de los años las narraciones eran cada vez más extensas. El sujeto se remontaba a cuestiones que para cualquier otra persona carecían de relevancia en relación a lo que inicialmente se había propuesto decir. “Una vez se entusiasmó tanto hablando de la nueva vecina, que se remontó a la evolución del hombre para explicar la costumbre de dejar la canilla abierta mientras se cepillaba los dientes; por supuesto que no me lo dijo a mí, pero me lo han contado, sí”, le dijo el panadero a Adolfo. “No me sorprendería que haya llegado a hablar del origen del Universo en una de esas”.



El relojero | Norman Rockwell

Lo que también agravaba la situación era que el hombre era un gran aficionado a la lectura y día a día adquiría nuevos saberes de todas las ramas del conocimiento, lo cual enriquecía aún más su mensaje. Si su interlocutor le prestaba atención, salía de la relojería cultivado con más conocimientos que los que pudiera recibir en una clase de cinco horas de Historia Universal o Física Cuántica. Posiblemente también dispondría de mucho menos tiempo para hacer las tareas restantes del día.

Un importante editor un día llegó a la relojería y quedó tan fascinado con el afán descriptivo del Señor Preciso, que le ofreció trabajo como colaborador para escribir una enciclopedia. Preciso no se sintió atraído por tal idea y rechazó la oferta.

Hay dos versiones principales del final de la historia.

Una es que el hombre se dio cuenta de la gravedad y la exageración de su precisión informativa cuando revisó sus cuentas y descubrió que sus ingresos habían disminuido. Era el único relojero de todo Catapulta, así que la competencia no era una

explicación posible. Las largas filas que se formaban en la puerta de la tienda habían desanimado de tal forma a sus clientes, que ya nadie entraba allí. Hacer una consulta al relojero implicaba perder dos o tres horas. El cuidado que los habitantes del pueblo le daban a sus relojes había ido en aumento, todo sea por evitar tal trastorno.

La otra versión establecía que tras un fuerte golpe en la cabeza, Preciso había perdido gran parte de su memoria. Sus conocimientos ya no existían y lo poco que sabía eran hechos muy difusos. Y su precisión, que había permanecido tan intacta como su habilidad con los relojes, le impedía hablar sin estar seguro de lo que decía.

Se considere una versión o la otra, el resultado había sido el mismo: el Señor Preciso dejó de dar largas exposiciones de sus saberes, y como no podía hacerlo de otro modo porque no le gustaba "hablar por hablar", simplemente se limitó a partir de ese momento a abrir la boca lo mínimo e imprescindible, lo cual es también una forma de precisión.

SIN PALABRAS

Crepúsculo

por Bárbara M. Berruezo

Te extraño aunque te tenga sin tenerte y tenerte o no siempre duele. Sobre todo esta tarde, que no espero flores, ni amor, ni sexo, solo encontrarte, en la vereda de enfrente, con tu mirada en mi puerta, a la espera de que me sienta a tu lado, que te agarre la mano, que apoye mi cabeza en tu hombro y que estemos juntos, en silencio. Te extraño.

A veces tengo demasiadas ganas de decírtelo, de vernos, de que me abracés y me digas que estás acá, para mí, siempre. A veces pienso que te quiero, otras que te amo, me convengo de que es mentira, de que en realidad solo quiero tu amistad, que me cuentes las cosas que haces durante el día, tus conquistas, que me hables como amiga, que me incluyas en tus ganas.

Espero a que me digas de vernos, porque yo no tengo el coraje de mostrarte que muero de ganas de que sea así. Te extraño cuando tengo frío, aunque sé que no me prestarías tu campera y estaríamos sentados en el banco de una plaza, entre palabras y risas, fingiríamos que solo queremos ser amigos y estaríamos de acuerdo en todo y nos gustaría estar ahí, aunque preferiría estar en casa, en el sillón, mientras compartimos algunas cervezas y espero a que me abracés. Te busco en la tribuna cuando juega Boca, ahora yo también soy hincha, aunque nunca antes me haya interesado el fútbol, y envidia tu pasión y tus ganas y tu equipo se convirtió en el mío. Te extraño cuando quiero reír a carcajadas o contarte alguna pavada o un sueño o que vos me lo cuentes a mí y durante un rato no dejás de hablar y te miro y me río, querés parar, pero no podés y para volver al silencio llega el momento mapas o algún video de youtube. No me gusta tu edad ni tu inmadurez, tampoco que me conozcas tanto y que sepas que al principio soy distante, orgullosa, quizá un poco mala, hasta que tomo un poco de alcohol y nos desnudamos y todas nuestras diferencias desaparecen.

Me duele el pasado, tu cobardía y, a pesar de todo, nos imagino juntos dentro de algunos años, en un bar, entre charlas, risas, abrazos y quizás algunos besos. Sé que lo mejor sería alejarnos, pero hoy y ahora te extraño.

Sobre todo esta tarde, que quisiera encontrarte en la vereda de enfrente, a la espera de que me sienta a tu lado, sin palabras, ni promesas, en silencio, tu mano en mi mano, mi cabeza en tu hombro, juntos.



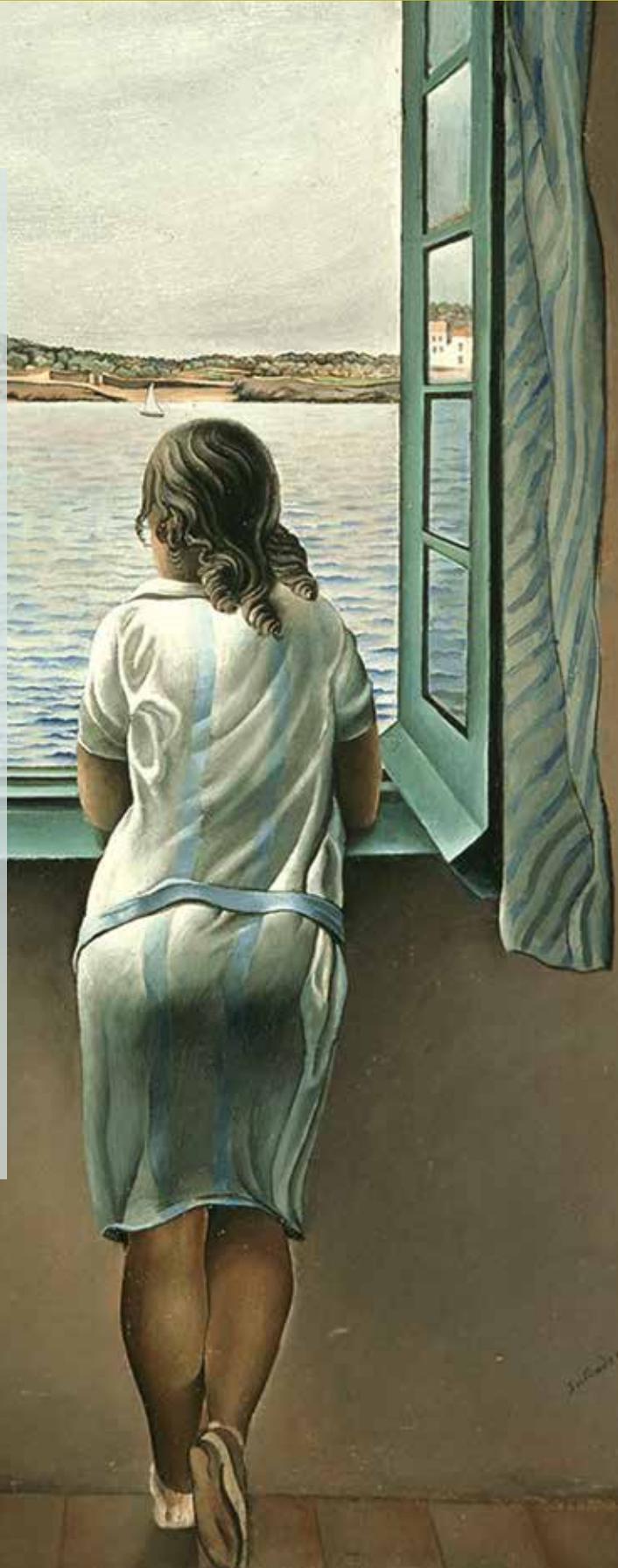
Los amantes | René Magritte

LA PALABRA

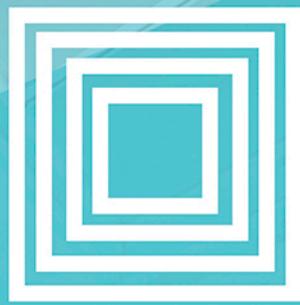
Crepúsculo

por Miguel Angel Montoya Jamed

-
- A** - Una angustia, aparentemente sin motivos, ocupa mis silencios.
- B** - Mis silencios, a veces, aparentan una angustia.
- C** - Mis silencios, siempre, son una búsqueda.
- D** - Si una angustia ocupa mis silencios, no tengo la Palabra.
- E** - La Palabra debe ocupar mis silencios.
- F** - Debo tener la Palabra para buscar la Palabra y encontrar la Palabra.
- G** - Debo tener los silencios que articulen mis Palabras.
- H** - No tengo angustia si tengo la Palabra y los silencios.
- I** - Tengo la vida si tengo la Palabra en mis silencios, y si en mis silencios busco la Palabra.
- J** - Tengo la existencia, si la vida la tengo en la búsqueda de la Palabra.
- K** - Si tengo la existencia, tengo la angustia de la búsqueda de la Palabra.
- L** - Si tengo la angustia de la búsqueda de la Palabra tengo la vida.
- M** - Tengo la vida y tengo la existencia: tengo la Palabra.
-



Muchacha en la ventana | Salvador Dalí



MARCO

Museo de Arte Contemporáneo
de La Boca

WWW.FUNDACIONTRESPINOS.ORG